

© Jorge Belarmino Fernández
Mayo 2013

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Ésta es una publicación gratuita y es cortesía del gobierno del Estado de Guerrero, a través del Instituto Guerrerense de la Cultura y Para Leer en Libertad AC.

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero

Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa será sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante la autoridad competente.

La Revolución de los pintos

Jorge Belarmino Fernández

Nota

Nadie nos contó esta historia en la primaria, ni en la secundaria, ni en la prepa. A lo más nos enteramos que Antonio López de Santa Anna había sido presidente muchas veces, y al final dictador y que lo llamaban “su alteza serenísima”. Mal nos contaron la Constitución de 1857, quién la impulsó, cuál era su contenido; y peor aún nos narraron la Guerra de Reforma. A lo más nos enteramos que Benito Juárez era pastorcito y eso no impidió que fuera presidente. Poco sabemos de la invasión tripartita y de la guerra contra los franceses y el imperio de Maximiliano y la resistencia de la guerrilla chinaca.

No nos han dejado saber que en esa docena de años este país cambió profundamente. El pueblo sacó del poder a la triple alianza de militares de plumero, curas reaccionarios y banqueros transas.

Pobre país, condenado a no conocer su historia.

Todo empezó con la caída de la dictadura. Ésta, a trancas y barrancas, es la historia, o mejor dicho, una invitación a que entren en la historia.

I

Un país en estado de derrumbe

Al inicio de los años 50 del siglo pasado, tras la guerra de Texas, la guerra contra los gringos, la Guerra de Castas en la península de Yucatán y otros acontecimientos terribles, parece quedar claro que México no ha sentado siquiera las bases de su existencia como nación. El abismo parece inevitable, capaz incluso de disolvernos territorialmente, más aún de lo que ya estamos con la enorme pérdida del territorio.

A comienzos de 1853 y tras un golpe de Estado promovido por los grandes grupos de poder, el partido conservador guía a Antonio López de Santa Anna a una dictadura tragicómica. El país toca fondo y el primero de marzo de 1854 estalla en Guerrero una revuelta que poco a poco se extiende a otros estados.

Visto a lo lejos puede pensarse que se trata de una reacción natural, digamos, empujada por el hartazgo, la vergüenza y la maduración de tres décadas de independencia, pero no lo es del todo. Sólo una parte de los protagonistas tiene conciencia de los posibles alcances de la rebelión contra el eterno Santa Anna y apenas de una vaga, imperfecta manera. En realidad el objetivo que llevará a este país a transformarse de una manera radical va construyéndose sobre la marcha y puede llegar a buen puerto o resultar una mascarada.

En sus momentos iniciales hay quienes piensan que están frente a una de las innumerables asonadas características de la época. El plan al cual responde lo redactan a muchos kilómetros de la pequeña ciudad que le da nombre y de manera formal es lanzado por un oscuro coronel famoso por sus trapacerías.

El movimiento habrá de triunfar con la participación de algunos personajes de dudoso carácter, llanamente deleznable o preparados a levantarse de nuevo para continuar el proyecto conservador.

El general Juan Álvarez, caudillo de la rebelión, actúa de entrada en defensa propia, e Ignacio Comonfort, su ideólogo y difusor, tiene una formación y una carrera política-militar modesta. Hasta cerca de la culminación, los liberales en capacidad de desarrollar un verdadero proyecto no intervienen sino de lejos y cuentan con una pobre base popular.

Si embargo, desde el primer día están contenidos allí los elementos para abrir la puerta a las grandes transformaciones. El lugar donde el movimiento nace y se mantiene casi a solas en la primera etapa, pareciera la última reserva del espíritu que guió a la insurgencia de 1810: las tierras de las campañas de José María Morelos y de la resistencia de Vicente Guerrero.

La propagación a otros estados en guerrillas que reivindican genuinas convicciones en una república apabullada por la inmoralidad, ridiculiza a la casta militar y le anuncia el fin de más de tres décadas de dominio.

En el exilio algunas cabezas del partido liberal por primera vez tienen oportunidad de reunirse y dar forma a su proyecto.

Nuestra historia oficial aplaude el conjunto del proceso y viste de héroe a la totalidad de sus actores.

No debe sorprendernos: las versiones sobre el pasado propaladas por los gobiernos nacionales son así y tienen la meta de convalidar el presente. Manipulan los hechos y envían un mensaje de este tipo: “Cuanto sucedió ayer le da la razón al régimen de hoy; ni le busque en el ayer, ciudadano o ciudadana, las instituciones que usted padece hoy son las únicas posibles”.

Este libro está destinado a los sectores populares, sin acceso a una historia que es patrimonio suyo y no de las autoridades y los estudiosos. Se trata de un trabajo introductorio, sobre el cual debe avanzarse después con la ayuda, entre otras cosas, de los cronistas locales, únicos interesados hasta ahora en los personajes y las acciones, que podrán dar la esencia de la revuelta.

Nuestro propósito es despertar el interés por un suceso fundamental para la comprensión de la Reforma, en la cual las izquierdas de 2013 buscamos un sustento para la regeneración de México, tras el tercer fraude en las elecciones a partir de 1988. Pero para que de veras sirva, se requiere una visión crítica, sin callar nada. Porque el movimiento de 1854- 1855 impulsa dos procesos. Uno de ellos deja atrás lo peor del país en la época, representado por una Iglesia omnipotente y corrupta, una clase del dinero que apuesta todo al agio, una casta militar infame y una derecha política entreguista, torpe e inmoral. El otro proceso origina las bases para el México porfirista y posrevolucionario, de caudillos y caciques.

II. Sur, enero de 1854

El día 13 la autoridad militar de Cuernavaca informa que Faustino Villalba con 150 hombres amenaza Cacahuamilpa, en el extremo sur del Estado de México, lo que ahora se llamará Morelos. Sus fuerzas están formadas por nativos de la región del Mezcala, llamados *los pintos*, por la manchas en la piel producto del “mal del pinto”.

El evento, se dice, resulta de una reunión que Villalba tuvo en la hacienda de El Progreso, residencia del general Juan Álvarez. Meses atrás éste se separó temporalmente de la gubernatura de Guerrero, tras un acto de insubordinación de un núcleo de los diputados locales.

El 27 se da por segura la celebración de un segundo encuentro, en el cual Álvarez ordenaría a Villalba situarse frente al río Mezcala, como es conocido el Balsas al abandonar Puebla hacia occidente y que debe atravesar quien venga del altiplano.

¿Es verdad o la autoridad está paranoica y desea ganar puntos con el régimen?, ¿o las dos cosas a un tiempo? Cómo saberlo; lo escrito en ciento cincuenta años sobre el tema no se preocupó en esclarecerlo. “La historia no tiene necesidad ni obligación de hablar de pequeñeces que nada importan”, dice en un momento un libro contemporáneo a lo hechos, considerado todavía como el clásico sobre el

La Revolución de los pintos
tema. Olvida que de pequeñeces se componen los grandes
eventos y de paso obvia cuestiones decisivas.

En octubre de 1852, durante el periodo más caótico del país desde la independencia, eclesiásticos, comerciantes, propietarios rurales, timadores y timoratos de todo tipo se pronuncian en Guadalajara a favor de que don Antonio López de Santa Anna regrese del exilio en Colombia, al cual marchó tras la invasión estadounidense.

En enero siguiente Lucas Alamán, líder del partido conservador, se adelanta a los demás e invita al once veces presidente a formar un gobierno ultracentralizado. De marzo a octubre Quinceñas, como popularmente se conoce a don Antonio por su ambición y la pérdida de una pierna, establece un régimen sólo comparable al efímero reinado de Agustín de Iturbide.

Su dictadura está sustentada en acabar con el sistema federal, la reestructuración y ampliación del ejército y una cascada de impuestos para paliar siquiera un poco el nuevo derroche de la administración gubernamental, en eterno déficit. La prohibición de partidos políticos, la censura a la prensa y un sistema policíaco de mucho mayor envergadura que el tradicional, que pone a cerca de quinientos opositores, en la cárcel, bajo custodia o en el exilio forzoso.

Hay un descontento muy amplio y, en el país de los golpes militares que es el México independiente, en el mismo 1853 se producen tres. De carácter local, responden a intereses particulares o su mensaje no trasciende y duran un segundo. A final de cuentas la dictadura apenas está acomodándose, y las corrientes liberales en capacidad de concretar un proyecto alternativo no disponen de la fuerza y carecen de apoyo militar y bases sociales a la vista.

Decir pues que el país tan sólo espera una iniciativa para insurreccionarse, es una grosera afirmación. En realidad estamos a punto de contemplar un fenómeno que evoluciona sobre la marcha y cuyo punto de partida tiene mucho de azaroso.

El informe sobre las actividades de Villalba parece originarse en Puebla. El gobierno estatal es de todas las confianzas del dictador, y hay motivos de sobra para pensar que entre éste y Juan Álvarez en cualquier momento habrá un choque frontal.

El antiguo soldado de Morelos es un defensor a ultranza del sistema federal, que sostiene en razón de sus convicciones y a favor del cacicazgo que lleva décadas construyendo en la entidad. Su malestar crece sobre todo a partir de la confirmación del centralismo a mitad del año pasado y particularmente desde agosto, en que el gabinete de Santa Anna, hoy con el título de Su Alteza Serenísima, ordena revisar la situación de *los pintos*, nombre que se da a las fuerzas armadas dependientes de Álvarez. La cereza del pastel la pone la programada próxima conversión de los gobernadores en una especie de monigotes.

En todo caso al acercarse a lo alto del Mezcala la gente de Villalba no tiene intención de actuar de inmediato. ¿O sí? ¿Estaría loca si lo pensara, cuando se reduce a una modesta partida en un país cuyo ejército alcanza el mayor número de efectivos desde 1821: cuarenta mil, contando sólo a las tropas regulares?

En sus tierras Faustino no es un cualquiera, hombre impulsivo, puede reunir diez veces los combatientes que hoy se dice están dispuestos a seguirlo, y su conocimiento de la región lo haría muy escurridizo.

Lo escrito hasta hoy y la documentación rescatada no permiten mirar en profundidad. Es una verdadera lástima, porque esta historia reúne todo lo necesario si se trata de asomarse a las raíces del México que parirá a la Reforma.

Villalba y los hombres de su estilo resultarán determinantes en el inicio de la revuelta, en su desarrollo posterior en el centro y el norte del país. Por un lado están los que siendo parte de las fuerzas armadas en alguna de sus variedades, responden más a inquietudes personales y sociales que a la mentalidad castrense de los tiempos. Por otro, los improvisados en la guerra siguiendo sus convicciones.

¿Quién apoyará a Villalba, si llega el momento, fuera del propio Álvarez? ¿Éste tiene previsto ya echar mano del siniestro mandamás de la Costa Chica guerrerense, Florencio Villarreal, viejo enemigo suyo, que lleva cuatro meses retando a Quinceañías?

Para intuir las ideas y las acciones de don Juan en estos días, hay que avanzar un mes, acercándose a las pequeñas columnas que entonces estarán dispuestas a todo. O regresar a septiembre de 1852, o a 1833 o 1835, cuando como hará en breve, se decidió a intervenir en el escenario nacional y no sólo en los territorios en los cuales “reina”.

III. La dictadura en ciernes

Durante 1852 el país llega a lo que parece un caos cerca del absoluto. Aprovechándolo para deshacerse del gobierno liberal que promueve cambios incómodos para ellos, en octubre representantes de la Iglesia, de los otros poderes económicos y de la casta militar, firman en Guadalajara un plan. Se manifiestan allí porque Santa Anna regrese de su exilio en Colombia, al cual marchó tras la desastrosa resistencia a la intervención estadounidense.

Adelantándose a los demás, Lucas Alamán, jefe ideológico del partido conservador, le vende a don Antonio un programa. Las fuerzas que así convergen en el nuevo gobierno tienen coincidencias y divergencias. Parten de la disolución del congreso, comprometiéndose a convocarlo luego de un año.

Se prefigura así un régimen autoritario. De allí a una dictadura unipersonal hay un trecho y Alamán diseña el proyecto y lo opera en los primeros meses a través del ministerio de relaciones exteriores, estratégico por muchas razones. Crea entonces un Consejo de Estado, cuyo propósito sin duda es guiar y controlar a la Presidencia.

La composición de éste es elocuentísima. Lo dirige un obispo, dos canónigos están también en él, y el arzobispo y los jerarcas de todas las diócesis sirven de miembros

La Revolución de los pintos honorarios. Casi de inmediato Quinceañas le pone un hasta aquí, recluye a un par en sus lejanas propiedades, y el resto de los dignos funcionarios se le pliegan.

De hecho, cuanto Alamán gana en términos formales, en la realidad queda expuesto a la decisión presidencial, que usa lo que le acomoda y deshecha lo demás. Nadie le va a enseñar a Santa Anna a ser dictador. Para mediados de la primavera establece la censura y da un primer y enorme paso para terminar con la autonomía de los gobernadores: ya no tendrán funciones ejecutivas y servirán entonces como instrumentos de la voluntad del gabinete. El segundo golpe consiste en centralizar las rentas que pasan por los estados.

En términos hacendarios 1853 pasa sin la introducción de ninguno de los impuestos y tributos de los cuales nos hablan en la escuela. Más aún, quien hasta agosto se encarga de ese ministerio es Antonio Haro y Tamariz, uno de los muchos personajes dudosos de la época, que siendo ferviente santanista, sin embargo opina que los bienes de la Iglesia deben ser los garantes de la deuda pública y así lo propone en los cinco primeros meses del actual gobierno, sin éxito.

Cuando Alamán muere en junio, ha comenzado la persecución en regla contra opositores activos o en potencia. A unos se los confina dentro del país y otros conocen el exilio o la cárcel. Previendo el fin del plazo tras el que debe citarse a la formación del congreso, una nueva maniobra hace reclamar a los amigos de Santa Anna la prórroga indefinidamente de su presidencia. Es entonces que el Consejo de Estado le da el pomposo título de Su Alteza Serenísima.

IV. Rumbo al Plan de Ayutla

Apenas se puede creer el desorden y la ligereza del libro clásico sobre la Revolución de Ayutla, único estudio que circula ampliamente, particularmente al referirse al surgimiento de la rebelión. Leyéndolo uno se pierde por completo en el par de meses previos, y no se entiende la soberbia de la dictadura, y cuánto la revolución se construye sobre la marcha.

Muchas cosas indican que el desorden preside en verdad los acontecimientos. Juan Álvarez gobernó al estado hasta que en octubre de 1853 suspendió sus funciones con carácter provisional, tras la conspiración de diputados locales dirigida por Nicolás Bravo. Lo hizo así quizás sólo por la enfermedad que lo aquejaba a sus sesenta y cuatro años, o tal vez se trató de una decisión estratégica, al modo de las del propio dictador, quien hace mucho encontró en los padecimientos personales y familiares un valioso recurso para afianzar su fuerza desapareciendo de escena por un tiempo.

Poco después Álvarez supo de las falsas acusaciones que hicieron renunciar de la administración de Aduanas de Acapulco a Comonfort. En la correspondencia entre ambos que se conoce, no hay mención de los temas delicados. ¿Podemos aventurar la posibilidad de uno o más

La Revolución de los pintos
encuentros para discutirlos? No hay indicios y en cambio
no es arbitrario imaginar al cacique y caudillo suriano en
reuniones con las numerosas personalidades y grupos del
pueblo a los cuales está ligado de íntima manera, sobre
todo en la Costa Grande.

Álvarez conoce en detalle la presión en regla que la
dictadura hace a Florencio Villarreal, quien se resiste a su re-
tiro del cargo de jefe político y militar de la Costa Chica y a
presentarse en la Ciudad de México, como lo conminan una
y otra vez, pretextando... atinó usted: una enfermedad. Es un
pequeño tirano, viejo enemigo del ex gobernador, al que la
cuestión no debe molestarlo en lo absoluto.

De algo muy distinto hablamos con la represión a las
cabezas liberales. Don Juan no mantiene comunicación di-
recta con ellas, y lo que sin duda lo tienta al fin a preparar la
acción es el anuncio del nuevo, final golpe al federalismo.

En principio no basta con ello para que resuelva
echarse a la auténtica aventura de retar al gobierno central.
El resto del país está en silencio y si estas tierras resultaron
un inmejorable sostén para las campañas de Morelos y de
Vicente Guerrero, el lanzamiento desde allí de una revuelta
general pareciera condenada al fracaso. Si no que lo digan los
propios ejércitos del Siervo de la Nación, a quienes el Con-
greso de Chilpancingo condenó a muerte obligándolos a ex-
tenderse por la Nueva España.

Quizás realmente don Juan pidió estar alerta a Faus-
tino Villalba y a otros militares cercanos suyos, acicateado
también por rumores que le llegarían de la capital de la Re-
pública, sobre una factible agresión. Aun en la ciega soberbia
que semana a semana crece en él, el dictador de seguro no
olvida el peligro latente de un general a quien odia y teme.

Esa debe ser la razón de que en el mismo mes de enero de 1854 Santa Anna decida la movilización a Acapulco del Segundo Batallón de Puebla. Lo hace con el pretexto de una *expedición filibustera* organizada en California por de Raousset-Boulbon, un tipo con ambición sin límites, que cualquiera más o menos informado sabe se dirige hacia el noroeste del país.

Lo que a primera vista no entendemos es el desarrollo del conflicto que se inicia con Tomás Moreno, el suplente interino de Álvarez en la gubernatura. El general recibió recientemente una distinción de Santa Anna y se ha confrontado repetidamente con don Juan. Pero Moreno protesta contra el envío de tropas por el gobierno nacional, que representa una ingerencia en el territorio bajo su mando, y no debe sentarle nada bien la orden de ponerse a disposición del comandante poblano. Y es que en su proceder Quinceañás lleva al extremo las reglas escritas y no escritas de nuestras fuerzas armadas.

Echemos una ojeada a la historia de estas personalidades de Guerrero. Pertenecen a un género preponderante en el país desde la independencia y aún antes: los caciques militares que se imponen sobre una región.

Florencio Villarreal fue oficial realista hasta que Agustín de Iturbide convocó al giro de sobra conocido, y llegó a la Costa Chica a invitación del sobrino y compañero de los tres hermanos Bravo, lugartenientes de Morelos: Nicolás, que ha servido a todos los partidos, cada vez más a la sombra de los conservadores, por un lado, y de Santa Anna por otro.

Tómas Moreno se incorporó muy joven a las filas independentistas en el estado de Guanajuato, y las vueltas de la vida lo acercaron a los amigos de Alamán.

Sus tendencias políticas, pues, mudan conforme dictan las circunstancias. Aun así, fuera de Villarreal no representan lo peor de un ejército que el general Pedro María Anaya, luego de ganar merecidamente la gloria como encargado de la defensa del convento de Churubusco frente a las tropas de los Estados Unidos (en la guerra del 1846-47), caracterizó del siguiente modo: “El estado de revolución permanente ha proporcionado a hombres indignos”, engalanando a algunos “con las insignias superiores (...) La empleomanía (...) ha abierto la puerta a la juventud más ignorante y corrompida” y los hombres se sacan por la fuerza de “la choza del indígena, de las cárceles y los presidios”. Eso explica el fenómeno estructural de la desertión: “los calabozos de los cuarteles y los juzgados militares están atestados de reos y causas, por la frecuencia con que se comete este delito”.

Hoy Moreno, pareciera no seguir las reglas de su institución.

V. La triste casta a la que quedamos condenados

Quien mejor estudió al ejército mexicano de la época, encuentra una cierta continuidad entre 1853 y los orígenes durante el virreinato. Los mandos salieron entonces de las familias de grandes hacendados, que procuraban el puesto para garantizar la protección de sus propiedades y el control de las comarcas alrededor.

Eso creó la práctica de convertir en soldados a los trabajadores de las fincas, mientras la oficialidad salía de entre los capataces y amigos. La guerra y revolución de independencia reprodujo en cierta medida la costumbre, incluyendo a algunos jefes insurgentes de zonas como el Bajío.

También lo hace el México independiente, convirtiendo cada vez más la gleba en la forma predilecta de engrosar las filas. En los viajes que hace a fines de la década de 1840 y principios de 1850, Guillermo Prieto testimonia este “saqueo de gente, esta declaración bárbara de buena presa y botín del soldado al hombre su hermano, para asimilárselo por la corrupción y por el infortunio (...) He visto en Cadereyta y Tequisquiapan huir a los hombres a los montes a mantenerse con tunas o nopales o a morir de hambre por librarse de los militares”.

Quienes se benefician mayormente son los generales y coroneles que en el creciente desbarajuste de la admi-

La Revolución de los pintos nistración colonial a partir de 1810, en diverso grado dejaron de responder a la autoridad.

¿Qué podía esperarse de una independencia consumada gracias a ellos, entre los cuales iba, desde luego, el *primer emperador de México*? Hablamos de hombres que desde entonces, y en particular tras la conspiración de 1831 para asesinar a Vicente Guerrero, se afirman en el juego que nació justamente con las campañas del Ejército Trigarante: las batallas son demostraciones de poder de ambos bandos, resueltas mucho antes de agotarse la sangre, con el retiro de uno de ellos o un acuerdo.

De nuevo el delicado momento de la intervención estadounidense (en 1846) nos sirve para ilustrarlo. En los escauceos, el presidente de la República ordenó reforzar Matamoros, Tamaulipas, la primera plaza amagada, con el mejor cuerpo. El encargado de la operación era el veterano general Paredes, pero a pesar de repetidas conminaciones no se movió de San Luis Potosí, donde se había establecido con sus columnas. Aunque decía carecer de elementos suficientes para hacerlo, era un secreto a voces que lo ocupaba una conspiración.

Por fin se decidió a insurreccionarse y cuando el gobierno pretendía mandar en contra suya a las tropas de la capital, se encontró “con que casi todos los jefes y muchos oficiales iban comprometidos a faltar a sus deberes secundando el pronunciamiento”.

En esta comedia de equivocaciones, desconfiando del general Valencia, responsable de la plaza, la Presidencia hizo traer de Puebla al general Torrejón. “Pero éste venía ya preparado a pronunciarse” también, dice un historiador de la época. Todos con pomposas frases:

“—Mi ambición es demasiado grande para desear el poder. Amamos y defendemos la libertad, pero no queremos que con su sagrado nombre se encubra la libertad de los revoltosos” —declara uno, y otro:

“—Juro ante Dios y los hombres, que no llevo presente otra mira que la muy noble de que la República se expedito para constituirse libremente.”

Adelantándose a los demás, Valencia envía un representante al Palacio Nacional para intimar al gobierno a rendirse. El gabinete se limita a contestar que reunirá de inmediato a las Cámaras para presentar su dimisión. “A las tres y cuarto de la tarde —escribe el historiador a quien seguimos— la ciudad había vuelto a sus hábitos y nada anunciaba que hubiérase consumado un suceso de tanta trascendencia... sin disparar un solo tiro.”

Cierto que lo usual es que se produzcan algunos crueles encuentros, y el gasto de vidas en batalla durante ya más de tres décadas no ha sido una bicoca, incluso si se hace a un lado la propia invasión por los Estados Unidos, cuyos graves efectos en ese sentido son arteramente desestimados por los estudiosos.

Los cronistas nacionales y extranjeros suelen documentar las huellas de las asonadas antes y después de aquello: “Nada más triste que el aspecto de las calles por donde pasamos (...) Una inusitada soledad, casas acribilladas a balazos, iglesias semi derruidas y bandadas de buitres congregándose”.

En la memoria de los mexicanos contemporáneos queda por lo menos un recuerdo como éste de la infancia de Guillermo Prieto: “Un día nos despertó el estampido

La Revolución de los pintos del cañón, atravesaban las calles soldados con las espadas desnudas (...) Gente corriendo, puertas que se cerraban con estrépito, cadáveres de transeúntes desgraciados, mujeres como locas preguntado.” Recuerdos que para miles de campesinos indígenas son de llanas matanzas, por los excesos de los militares al reprimir sus revueltas o imponérselos con cualquier motivo.

En las acciones de todo tipo sólo por excepción los comandantes sufren heridas graves, y cuando las cosas van en verdad en serio, a la manera de la guerra ordenada por el Capitolio, más de una vez asistimos a actos de abierta cobardía de los mandos. Y con la cobardía, la mentira, declarando victorias donde no hay sino vil derrota.

A nadie en esa casta de pomposos uniformados importa el estado del armamento, herencia de los tiempos coloniales o comprado de deshecho en el extranjero. Tampoco el de los transportes, fuera de los elegantes carruajes en los cuales marchan los jefes. Ni de los servicios de ingeniería, según probó con crueldad la misma intervención de nuestros vecinos del norte.

Los oficiales de segundo rango, ya escuchamos a Anaya, llegan porque a las clases medias no les queda mucho más destino que ése, en una república desinteresada en impulsar las industrias humanas. Lo hacen gracias a enchufes, a ratos luego de endulzar los bolsillos de un alto grado.

Son ellos y sus superiores quienes se llevan el grueso del presupuesto que con frecuencia olvida calzar a los soldados de a pie, y en el proceso hacen de una suerte de tiranos de la moda en los salones de las grandes familias. He aquí el retrato de uno célebre en estos tiempos:

Joven “gallardísimo”, de “figura aristocrática”, “moreno, ojos verdes, cabello de seda, gran bigote (...) valiente, enamorado, (...) de chispa y travesuras inagotables (...) acicalado como una dama (...) preparaba un banquete y disponía un menú sorprendente (...) pedía luz, flores y beldades y creaba un baile olímpico”.

Cuanto tocan lo corrompen, ellos y, sobre todo, claro, sus jefes. Los levantamientos requieren recursos que se obtienen de los banqueros —agiotistas a gran costo, con una tajada para los generales insurrectos. Las provisiones de las tropas son otra fuente de oscuros manejos entre ellos y los comerciantes y propietarios agrícolas y ganaderos que los surten.

Hasta los galanos uniformes en los cuales va parte del secreto de su presunción de superioridad, renovados de tanto en tanto sin más motivo que el alardeo, representan un negocio concertado con los contratistas. En el proceso, por supuesto, se hacen de haciendas, casonas urbanas...

Buscando moralizar la institución luego del espectacular fracaso en la resistencia contra los Estados Unidos, a partir de 1848 y por medio de un par de gobiernos consecutivos, los amigos de Comonfort tomaron una serie de medidas, contra ellas obraban los sublevados en 1852.

El regreso de Santa Anna lo volvieron éxito propio, en especial quienes a lo largo de dos décadas se habían identificado como sus fieles adherentes. Él ha respondido con la elevación de la milicia a niveles insospechados, para el sustento de la dictadura.

El ministro de la guerra que designó a fin de dar nuevo ímpetu y orden y mayor amplitud a las fuerzas armadas,

La Revolución de los pintos muere a los seis meses dejando la obra muy avanzada: José María Tornel. Soldado insurgente desde muy joven, promovió seriamente la educación, comenzando por la avanzada escuela lancasteriana. Tradujo a Lord Byron y nada de eso impide se le reconozca con justicia como “más santanista que Santa Anna”, ni que estuviera en los entretelones durante el golpe de Estado de 1845, al cual nos referimos antes, o que en momentos decisivos su caballería titubeara en las batallas de Matamoros contra los Estados Unidos.

Este dechado de valor y fidelidad a las instituciones inicia su ministerio de 1853 restaurando el fuero militar, y con una declaración de grandes alcances: es un “verdadero engaño”, dice, llamar Guardias Nacionales a las fuerzas creadas en los estados con voluntarios, pues devinieron en una forma más de empleo o ingresos que en ocasiones apela a la recluta forzosa.

No le falta razón, pero su objetivo no es liberar de cargas a la hacienda pública ni poner un ejemplo de ética. Se trata de terminar con un mecanismo de apertura de las fuerzas armadas hacia la sociedad, que está en manos de los gobernadores y que aquí y allá dio pruebas de una eficiencia superior a la del ejército regular. Ahora las Guardias engrosan la *milicia activa*, cuya cuota se manda elevar según la población de las entidades.

El siguiente paso consiste en el considerable incremento del número de soldados y oficiales. A continuación se prohíbe a los particulares contar con armas de fuego, en el obvio y por lo demás inútil propósito de que sólo el ejército disponga de ellas.

Las tropas de línea quedan integradas por unos veintiséis mil efectivos, luego extendidos a cuarenta mil, y la mi-

Jorge Belarmino Fernández
licia activa por alrededor de sesenta y cinco mil. En consecuencia hay una peste de nuevos cuerpos de caballería, artillería y lanceros, sobre todo, pero también de infantería e ingeniería.

Si ayer los mayores, capitanes, tenientes, etcétera, tenían fama de improvisados y frívolos, hoy en su conjunto son una caricatura, salidos de la casi completa nada. Con una mayor estructura jerárquica, se redobla la tradicional promoción a los grados superiores guiada por las compendias y la amistad.

Entre las disposiciones, algunas tomadas de códigos virreinales, van las que aspiran a dar un mayor empaque a la institución: uniformidad de las sillas de montar, por ejemplo, desechando las habituales entre hacendados, rancheros y demás, de tal y cual región.

A cambio el vestuario será muy lucido y los generales y mandos de fuerzas especiales, pongamos por caso, dispondrán de uniformes distintos para pie a tierra y monta, y uno “medio” cuando anden de paisano: chaleco con dos bordados y bastón orlados. Cada regimiento habrá de vestirse de diversa manera y usar aditamentos y preseas de acuerdo a las circunstancias.

A muchos oficiales veteranos molestan las nuevas ordenanzas, que en combinación con la avalancha de arribistas cuyas lujosas fundas los vuelven especialmente presuntuosos, mella el prestigio adquirido a lo largo de años por una cierta personalidad individual.

Santa Anna y su ministerio de la guerra, en el cual la justicia militar adquiere facultades extraordinarias, impone la tradición así, llevando el castigo a los insubordinados

La Revolución de los pintos hasta la muerte. Los fusilamientos a los directores de las asonadas en Yucatán, previenen a los militares que sus veleidades pueden zanjarse en adelante a través de algo más que la negociación.

VI. Guerrero, febrero de 1854

¿Nos es más fácil entender ahora a Tomás Moreno, el gobernador provisional guerrerense molesto por el envío de tropas de Puebla hacia Acapulco, ordenado por Santa Anna con una torpe justificación?

La pregunta viene a cuento porque el militar abandona Chilpancingo el 24 de febrero, a la vista de las columnas de Puebla, y en el camino se declara virtualmente en rebeldía, renunciando al cargo y a las distinciones que recibió de la dictadura. Recordemos que, a pesar de sus orígenes insurgentes, el hombre suele apoyar al partido conservador y debido a ello y muy probablemente a las disputas internas por el poder en la entidad, aparece hasta aquí como un enemigo de Juan Álvarez.

¿Intuye, a la par de éste, las instrucciones secretas a las fuerzas que avanzan hacia la capital de la entidad, producto del espíritu del régimen? “Puede suceder que por las circunstancias en que se halla el Departamento (...) sea necesario que V.S. se encargue de su gobierno político y militar (...) Vigilará V.S. cuidadosamente al general Álvarez, y declarada la sublevación (...) procurará asegurarlo, mandándole de inmediato a esta capital; pero (...) procurará que se haga hábilmente, para que no se escape un hombre que puede hacer mucho mal.”

El punto tercero del documento indica realizar un procedimiento similar con Moreno, siempre y cuando se le comprueben actividades sospechosas. Éste al supeditársele al comandante enviado por el gobierno, queda en posición muy incómoda, pero de allí a convertirse en un insurrecto en la práctica debe dar un temerario paso.

A estas alturas un factor más es fundamental: la falta de comunicación en la que queda el Estado. Con Oaxaca hay muchas vías de intercambio, azarosas para la relación con el resto del país, y las mayores se cierran también por el pleno control allí de la dictadura. Con Michoacán pasa algo semejante, fuera de las colindancias de la costa y la continuación de la Sierra Madre, lejanas respecto a los núcleos nacionales de decisión.

Por lo tanto, el interior de Guerrero tiende a acusar su aislamiento histórico. Así calificó al estado años atrás un ministro de relaciones exteriores: “Separado por su posición topográfica de los puntos más civilizados de la república, casi sin relaciones con ellos, solamente allí han podido conservar algunos genios inquietos substraídos de la obediencia del gobierno a merced de las escabrosidades locales.

“Los pocos habitantes de aquellos lugares que tienen la desgracia de ser seducidos, no pueden llevar personalmente sus venganzas y errores políticos a otras partes, viéndose obligados a permanecer dentro de los límites del único temperamento al que están habituados.”

Por ello cuanto sucede en una parte de la entidad encuentra eco en el resto. Es así particularmente en las zonas bajo influencia de don Juan y sus *pintos*, y de pequeños caciques que parecen haber formado parte de la Guar-

Jorge Belarmino Fernández
día Nacional local o de las cercanías del Estado de México,
como Villalba.

Esto y aquello señala un progresivo aceleramiento de noticias y rumores en la Costa Grande, hasta Acapulco, y las proximidades de la Costa Chica, sobre todo. No puede haber casualidad en que el propio día 24 en el cual las tropas gubernamentales toman Chilpancingo y Tomás Moreno se retira de la ciudad, Álvarez reúna en La Providencia a los incondicionales de varias regiones, convocándolos a levantarse en armas y envía a su hijo Diego a Acapulco a dar un significativo golpe sin marcha atrás: el apresamiento del jefe militar de la plaza, del responsable de la armada y de un gran comerciante local, con tácita ayuda de la guarnición.

Tomando prestada una frase de Luis Villoro en su estupendo libro sobre lo que el cura Hidalgo desata en 1810, se diría que los actores político- militares de Guerrero son presas de un “frenesí de libertad”, que no saben a dónde los conducirá.

El suyo es un territorio de sierras que se enredan entre sí y una larga costa cuyas altas temperaturas y padecimientos exasperan a quienes no están habituados. Para acceder a ellos desde las áreas en las que se decide la vida de México, no existe sino un camino, a ratos de difícil tránsito.

Esos lugares les pertenecen por entero, y desde el virreinato no hay allí más presencia de la autoridad central, que el fuerte acapulqueño de San Diego, con el cual se vigila la actividad comercial del océano Pacífico, muy disminuida en las últimas décadas.

Como sucederá en el futuro, lejos de que la región haya sido compensada por los incomparables servicios prestados entre 1810- 1821, se la desprecia.

El desprecio es económico, social, cultural, y sus pobladores reciben el trato de indígenas decadentes o lerdos mestizos. La ofensa es doble si recordamos que Álvarez se ha esforzado en presentar al Estado como salvaguarda de las ideas de Vicente Guerrero, y así de la gloriosa insurgencia.

Estas son cunas naturales de los Galeana, Matamoros, los Bravo, pueblo ardiente que no se deja someter por nadie, es el discurso que mantienen vivo don Antonio y los cronistas locales. A partir de él en el mes febrero en el cual andamos, da la impresión de producirse un contagio de orgullo, rabia, valor, que no ve en los demás estados.

El colectivo “frenesí de libertad” que así se produce, trae a la mente el de numerosos puntos del país durante la guerra y revolución de independencia. Quien se levantaba era la sociedad, retando a un régimen cuyo ejército le servía con absoluta fidelidad. Ahora el núcleo de los protagonistas lo forman las tropas, a la manera de cualquier asonada común, pero un núcleo de ellas no son regulares y su vínculo con la población es distinto al de los militares clásicos.

Se trata de un tema central que obliga a un enredado juego en torno al poblado y los firmantes del primer manifiesto público de la rebelión. Hay que darle a ésta un aire acorde a las tradiciones de la milicia, de manera de no poner en contra a los mandos de otros estados, y eventualmente atraerlos.

Cuando las columnas de la dictadura entran al Estado, sin hallar la resistencia que podían presumir los informes sobre Villalba, Ignacio Comonfort está en Acapulco. Se trata de un coronel en retiro de la guardia nacional, que todo indica no se involucrará ya en la política, en la cual tuvo una intervención más bien de segundo orden.

Conoce bastante bien el centro de Guerrero y antes de su cargo en la administración de aduanas le fue comisionada la represión de la mayor revuelta indígena de estos lados, en la pequeña ciudad de Chilapa, la de mayor importancia económica en el área de La Montaña.

Las circunstancias lo animan a actuar y en un momento impreciso se dirige a Texca, a corta distancia de Acaapulco, en donde se encuentra Álvarez. No hay registro de la junta pero parece obvio que en ella don Ignacio se suma a la conspiración e intercambia opiniones sobre los términos en los cuales debe redactarse el necesario documento- plan de un levantamiento en armas.

Allí quedaría invitado a la reunión que don Juan convoca en La Providencia en que inicia la congregación de fuerzas, pues está presente el general Moreno, quien apenas entonces abandona Chilpancingo. En todo caso la breve lista de asistencia la completan Trinidad Gómez, Diego Álvarez y Eligio Romero, representante de los liberales exilados en Nueva Orleans.

Como se aprecia, muchos cabos de información quedan en el aire, porque falta Juan Álvarez y no conocemos bien a bien la labor de Romero. En todo caso allí se redacta el Plan. En principio es extraordinariamente simple y conciliador, concebido para atraerse al mayor número de seguidores, sin faltar al menos una porción sustantiva de quienes impulsaron el regreso de Santa Anna. Parte de que “la permanencia de don Antonio López de Santa Anna en el poder es un amago constante para las libertades públicas”, y llama a derrocarlo en tanto “el Plan proclamado en Jalisco y que le abrió las puertas de la República, ha sido falseado en su espíritu y objeto”.

Para afirmar la intención, dirigiéndose a los grandes grupos de poder, agrega: “Debiendo ser el ejército el apoyo del orden y de las garantías sociales, el gobierno interino cuidará de conservarlo y atenderlo, cual demanda su noble instituto, así como de proteger la libertad del comercio interior y exterior, expidiendo a la mayor brevedad posible los aranceles que deben observarse”.

De hecho el manifiesto se anuncia como una reedición del que en 1841 devino en un congreso. De modo de evitar suspicacias se establecen dos objetivos medulares:

“Cuando éste [el Plan] haya sido adoptado por la mayoría de la nación, el general en jefe de las fuerzas que los sostengan convocará un representante por cada estado y territorio para que, reunidos en el lugar que estime conveniente, elijan al Presidente interino de la República y le sirvan de consejo durante el corto período de su encargo...”

“A los quince días de haber entrado en sus funciones, el Presidente interino convocará el Congreso extraordinario (...) el cual se [ocupará] exclusivamente de constituir a la nación bajo la forma de república representativa popular...”

Es en esta última declaración que el llamamiento se pronuncia por el federalismo y entra en conflicto con cuantos acaban de apoyar sin reservas un régimen centralista. Veremos, sin embargo, que el tema resultará sorteable para algunos conservadores, y por completo intrascendente para los altos mandos militares, beneficiarios de cualquier sistema administrativo.

Otros aspectos del documento asombran. En ellos queda claro hasta qué punto la revuelta trata de borrar todo signo ideológico y al mismo tiempo lo exhibe, mostrando cuán revolucionario es en potencia.

Los primeros consisten en afirmar falsamente: que el Plan se lanza en Ayutla, en la Costa Chica, y no como en realidad sucede, en La Providencia, o en otro lugar dentro del cacicazgo de Álvarez; que lo encabeza Florencio Villarreal y se invita a “los Excmo. Sres. generales don Nicolás Bravo, don Juan Álvarez y don Tomás Moreno”, como si los dos últimos no tuvieran noticia de él, y tratando de involucrar al viejo amigo de la Alteza Serenísima.

Más interesante resultan los nombres al pie del documento; son los de un comandante de batallón, seis capitanes de fuerzas especiales o regulares, un teniente, siete subtenientes, dos representantes por cada rango menor (sargento y cabo) y uno de los soldados rasos.

Una parte de este enredo se debe también, creo, a la mentalidad de Comonfort, que si bien es un hombre honrado y de buena fe, está siempre demasiado atento a su imagen, no quiere enemistarse con la *gente decente* y atisba la oportunidad de desplegar por fin sus habilidades, para convertirse en un político de renombre.

Luego de diez días de estallar el movimiento don Ignacio lo relanza con reformas en Acapulco, plaza de la cual quedó comisionado por la Junta Revolucionaria. Se dice esta vez que el comandante en jefe del puerto recibió el plan por envío de Villareal y, tras presentárselo a sus oficiales y tropas, lo secunda e invita a acompañarlos al propio don Ignacio, “que por una feliz casualidad se hallaba en este puerto”, para entregarle la dirección de la plaza.

La explicación de cómo supuestamente nuestro personaje hace su inicial entrada en escena, rima a la perfección con el patético estilo de la época: nombrose, se lee, a “una comisión a instruirle de lo ocurrido (...) A la media hora re-

La Revolución de los pintos gresaron exponiendo: que en contestación les había manifestado el Sr. Comonfort, que supuesto que en el concepto de la guarnición de esta plaza, la patria exigía de él el sacrificio de tomar una parte activa en los sucesos políticos que iban a iniciarse, lo haría gustoso en cumplimiento del deber sagrado que todo ciudadano tiene de posponer su tranquilidad y sus intereses particulares, al bienestar y felicidad de sus compatriotas; pero que a su juicio, el plan que trataba de secundarse necesitaba de algunos ligeros cambios". En efecto, estos son menores.

En contraposición a los embrollos, que buscando atraer a toda clase de fuerzas sugieren un movimiento lo más apegado a la costumbre, aparecen fenómenos que luego harán afirmar a Comonfort: el triunfo de la revuelta se debe sobre todo a "la opinión pública".

Y tendrá razón más allá de los parcos, diplomáticos términos en los cuales lo dice. El pronto desarrollo de grupos que se reconocen como guerrilleros descubre cuan subversivos resultan los orígenes de la revuelta. Lo son por la composición y por los modos de actuar, creando grandes grupos de puros jinetes, que recordarán a las partidas independentistas de 1810.

Van en ello ya los rumores de un mes antes sobre las pláticas entre Álvarez y Villalba, convertido en eso, un guerrillero, que justo ahora se hace cargo de los apresados en Acapulco y da muerte a uno de ellos, con la alarma general. Con él y sus iguales en Guerrero y otros estados, la violencia al adquirir un nuevo, más brutal tono, indica también la aparición de un estilo de lucha que salta el cortesano de los militares. Hay allí los claros fermentos de una genuina guerra civil.

VII. El peso de las ideas

Un contemporáneo inteligente y que odia las complacencias, retrata así a Álvarez: “Su aspecto es serio, su marcha pausada, su discurso frío y desaliñado. Pero se descubre siempre bajo aquel exterior lánguido, un alma de hierro y una penetración poco común (...) Lo veremos siempre parecer con denuedo, y siguiendo su sistema de ataque”.

Lo que atrae de don Juan son, pues, los dones para la acción y no sus concepciones políticas, muy simples, casi primitivas. Por ello deja en entera libertad a Comonfort para que redacte el manifiesto definitivo de la revuelta.

Éste tampoco se ha significado en la discusión ni en las tareas de gobierno. Hoy antes de tomar decisiones sin duda habría consultado a las dos grandes figuras del liberalismo moderado, al cual se afilia: Mariano Otero y José Joaquín Herrera, ausentes en este momento porque el primero murió prematuramente y el segundo padece una enfermedad que a mediados de febrero acabará con él.

Cometeríamos un error si partiendo de su vocación conciliadora, presumiéramos que trabajando por el fin de la dictadura el coronel retirado no espera sino un regreso al programa de pequeños, graduales avances con el cual su partido guió las dos últimas presidencias. Tal vez es así al principio, y de seguro no al final, consciente como estará que las condiciones no permiten ya una vuelta atrás.

En cualquier caso, si siguiendo las ideas de sus guías espirituales dispone de una larga lista de grandes cambios a realizar, sus limitaciones no le descubren los cómo. Por ahora confía entonces en que un congreso constituyente fijará el camino. Entretanto buscará consejo en los desterrados en Estados Unidos, a cuyo frente estará Melchor Ocampo.

Justo en el enero de 1854, Ocampo llega al exilio en Nueva Orleans. Nadie le discute el lugar de figura mayor del pensamiento y la acción dentro del grupo de los liberales radicales o *puros*; goza del respeto del liberalismo en su totalidad; creará la Junta Revolucionaria.

Justo un año atrás y luego del fracaso en someter la asonada que trajo de vuelta a Santa Anna, Ocampo renunció a la gubernatura de Michoacán. En abril el nuevo régimen hizo de él ejemplo, llevándolo bajo caución a Tulancingo y antes de desterrarse conoció las mazmorras de San Juan de Ulúa.

Sin embargo para él “...todavía no ha llegado la hora de conquistar el desierto”, dice un gran historiador revisando el momento que don Melchor atraviesa. Los documentos públicos y privados del michoacano confirman la afirmación. Una y otra vez durante seis meses tronó contra la revuelta que a sus ojos detenía el único camino viable para el país: la “perspectiva de estabilidad, trabajosa y lenta, pero segura” en la cual se empeñaban dos consecutivos gobiernos liberales moderados, tras la intervención estadounidense.

Hablaba desde luego, en sus propias palabras, como “el enfermo que no encuentra postura en que estar”

Jorge Belarmino Fernández y siente alivio por la “plácida sombra de la paz”, en la cual se crea un relativo orden que le permiten continuar en su estado la introducción de una serie de reformas desconocidas en el resto de la República. Ciertamente lo hacía confrontando con rudeza a la Iglesia y al aparato burocrático-militar, sin embargo fiel al proceso general iniciado un lustro atrás, no tomó medidas que pusieran contra la pared a las instituciones.

Ningún gobernante local o nacional se atreve a rebajar la soberbia del alto clero, como él, y produce tal odio en los grandes propietarios, que conspiran para asesinarlo. Aun así, privilegia el diálogo, emplea la fuerza sólo al responder a la fuerza y está seguro de que las condiciones no permiten las grandes iniciativas capaces de conducir al objetivo final: la creación de un auténtico Estado.

En eso va por delante del extraordinario grupo de hombres con quienes comparte el ideario y la acción: Francisco Zarco, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto... Conmueve verlos a todos moviéndose en el desastroso país que les tocó. Si bien en relación a la colonia la posibilidad de ascenso de un individuo avanzó, México seguía siendo en mucho una nación inmóvil, y como cuando el desarrollo económico se estanca o se deteriora, quienes buscan progresar disponen de muy poco espacio. Se trata además de espacios que demandan vicios más que virtudes: la adulación, el ojo haciéndose de hormiga para no denunciar las trampas del jefe, o de linco, a fin de seguirlos luego; el aprovechamiento de las influencias, la corrupción.

Se diría que sólo pueden prosperar legítimamente las clases medias cultivadas, con una cierta formación ética

La Revolución de los pintos en casa, claro. A ese tipo corresponden los liberales. Se abren paso en las contadas profesiones universitarias que evolucionaron o conservan la calidad del virreinato. Lo hacen también en el periodismo y las letras en general, y en la carrera política o la burocracia, si escapan al ambiente que domina.

Con históricos rezagos y en plena revolución de la ciencia y la tecnología europea y estadounidense, en la República no hay ámbito que no reclame inteligencia e iniciativa y sin duda por ello se crea un espíritu renacentista, por llamarlo de alguna manera, gracias al cual a los interesados en la literatura les atrae también la medicina o la física, por ejemplo. El caso más completo es el del propio Ocampo, quizás el personaje más inteligente y preparado de su generación. A los veintidós años clasifica los doce mil quinientos volúmenes de la Biblioteca Palafoxiana, de Puebla, “que abarcan veinticinco materias y están escritos en diecinueve idiomas”.

A partir de allí se hace de profundos conocimientos en geografía, geología, botánica, medicina, lenguas, literatura, óptica, astronomía, agricultura, artes populares. Y en la política, porque como cualquiera de sus iguales entiende, en México no hay futuro en nada, de no atacarse en la raíz la brutal deformación de las instituciones.

Los *puros* nacieron como corriente en 1835, alrededor de medidas para afectar las propiedades eclesiásticas, promovidas por Valentín Gómez Farías desde la Vicepresidencia de la República. El intento fracasó, pero con él se definió un programa básico que aglutinaría a los también llamados *intransigentes*.

Se trataba de un proyecto básico, en grueso, que en 1846 volvió a parecer posible al menos en algunos aspec-

Jorge Belarmino Fernández
tos, con una nueva vicepresidencia de Gómez Farías, y el
concurso de tribunales y grupos populares de la capital fe-
deral reforzó la personalidad característica de los radicales.
No más.

Si ellos y el liberalismo en su totalidad estaban por el
rompimiento de la histórica asociación Iglesia- Estado, las
propuestas sobre el tema continuaban siendo toscas o me-
ramente teóricas. En cambio el primero de los tres periodos
de Ocampo en el gobierno de Michoacán les iba dando for-
ma en la práctica.

Don Melchor iniciaba con leyes que ponían coto a
excesos extendidos entre los religiosos, fieles a la inmora-
lidad general. Exhibía así a un clero olvidado de las tareas
evangélicas y sociales a favor de la vida mundana, la de la
comodidad y la avaricia, en el cual los turbios manejos del
dinero tienden a volverse norma.

Las más de las veces las misas se cumplen por trá-
mite y la educación reservada a las escuelas religiosas deja
mucho que desear o es a lo llano detestable, en una obse-
sión por las dádivas, limosnas y cuotas. Los servicios en
bautismos, bodas, ceremonias mortuorias suele tener por
único objeto su simple cobro, que viola las tasas y los crite-
rios establecidos por la costumbre o por el mismo concilio
vaticano.

No sigo con los numerosos aspectos que atacaba la
legislación de Ocampo, abundantemente argumentada al
exponerla al congreso estatal o responder a los ataques. El
gobernador avanzaría sobre ella en sus siguientes adminis-
traciones, para prefigurar así un auténtico plan de reformas
necesarias en toda la República.

Lo hacía sin concordar con la declaración de Carlos Marx hacia la misma época: “la religión es el opio de los pueblos”. El gobernador es un cristiano ferviente, que al respetar la fe la valida como una herencia filosófica central en la historia, defendiendo la importancia pasada y presente de la institución religiosa.

En cualquier caso, Melchor Ocampo se halla a kilómetros luz del ideólogo de la Revolución de Ayutla, y al confluir en el exilio con José María Mata, Benito Juárez, Ponciano Arriaga y otros liberales, le permitirá ahora ordenar el pensamiento que habrá de abrirse paso con el futuro triunfo de la revuelta.

Sin embargo los liberales puros poco podrán hacer en esta etapa de la rebelión, confinados, presos o vigilados de cerca en México, exilados.

Francisco Bulnes, un famoso intelectual del porfiriato, dice que los actores de la revuelta, durante la etapa de preparación y arranque y en las siguientes, son personalidades de poca categoría. Y encuentra una explicación muy simple: las magnas jornadas encuentran siempre a los sujetos para conducirlos, sin importar cuán calificados están.

Bulnes es un cretino cuya elitista visión de la historia le impide comprender hasta lo más obvio. ¿México reclama a gritos un cambio revolucionario, como él afirma sin dudas? De nuevo debemos contestar sí y no.

La dictadura santanista apenas inicia, y a pesar de sus notables debilidades sometió con una mano en la cintura los tres pronunciamientos anteriores. Por otro, hay más elementos obrando a favor de la debacle nacional que de la salvación.

Lo que no entiende mi señor don Francisco —llamémoslo así en honor a las películas con nostalgia porfiriana—, es que en el currículum en diverso grado modesto de quienes hoy y después se hacen responsables de ella, reside el secreto de la revuelta. Cada uno de esos hombres representa, buscando en su recatado lugar social, cómo las ideas se desenvuelven a ras de suelo.

Se trata, en resumidas cuentas, de personajes de las mismas clases medias a las cuales pertenece la primera línea de liberales. La afirmación vale para el propio ex gobernador guerrerense, que ciertamente hace en una vasta zona de su estado un cacicazgo, a cuyo amparo crece la nada despreciable herencia familiar.

Pero Álvarez no tendría oportunidad de sostenerlo de no apelar sistemáticamente al legado de las ideas de Morelos y, sobre todo, de Vicente Guerrero, y a su puesta en práctica, así sea de manera restringida. De tal modo don Juan es un transmisor de las demandas y el pensamiento de la población mestiza de su entidad.

En Melchor Ocampo hay un proceso de alguna manera equivalente, en cuanto al vínculo con los sectores populares. Sus reformas en Michoacán las hace a nombre de la razón y la justicia, pero también de la explotación a las comunidades indígenas, los jornaleros y los rancheros con pequeñas propiedades. Les reconoce así un espacio en la sociedad, que les niegan incluso los clérigos y los conservadores, quienes en otras regiones han apelado a ellos para, en momentos extremos, sostener sus posiciones.

En consecuencia Don Melchor crea un canal de tránsito entre las ideas surgidas de sus lecturas y observacio-

La Revolución de los pintos nes, y las contrastantes aspiraciones del pueblo llano. No extraña por ello que el infructuoso pronunciamiento de Zitácuaro, dos meses y medio antes de la revuelta de Álvarez y Comonfort, lance un manifiesto mucho más avanzado que el Plan de Ayutla, demandando el fin de los privilegios de la Iglesia y el ejército.

El inexistente partido (pues son más bien una corriente de opinión) de Ocampo, Zarco, Ramírez, Juárez, etcétera, cuenta con una base popular muy reducida.

Adelantemos lo que no es cierto en enero de 1854 y empezará a prefigurarse en el otoño de 1855: conforme reconocerá Ocampo, estamos en el prólogo de una revolución de vanguardias y no de masas, más parecida entonces a la cubana de 1956, por ejemplo, que a la nuestra de 1910.

VIII. La pesadilla

La dictadura es la materialización de la angustia profunda que unos años atrás trajo la invasión ordenada por el Capitolio norteamericano.

A comienzos de 1848 Mariano Otero, un liberal moderado, es uno de nuestros representantes para negociar los acuerdos con los cuales se da fin a la guerra. Poco antes publicó un *Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República mexicana*, donde observa los graves problemas del país, que tocan todos los ámbitos y debieron resolverse durante el proceso de independencia. En él propone soluciones que cree viables.

Aún así, apenas termina de firmarse el tratado con los vecinos del norte, escribe a su mujer: “A pesar de que este resultado era muy fácil de prever, me produjo una sensación profunda. Yo creo, hija, que hemos firmado la sentencia de muerte de nuestros hijos”.

Se refiere a la pérdida de la mitad del territorio que heredamos de los tiempos coloniales, y a lo exhibido en los desastrosos dos años de fallidos intentos por impedirlo. “En México, no hay ni ha podido haber eso que se llama espíritu nacional, porque no hay nación”, dice en un artículo, y uno de los más prestigiosos periódicos de los *puros*, como se conoce a los liberales radicales, pregunta si la

La Revolución de los pintos mexicana “es realmente una sociedad o una simple reunión de hombres sin los lazos, los derechos y deberes que constituyen aquélla”.

No faltan en los Estados Unidos quienes aspiran a apropiarse de nuevos territorios, quedamos más expuestos que nunca a los antojos de nuestros mismos vecinos y de las potencias europeas, y hay amenazas de disgregación.

En 1848 será la mascarada que no prospera, de vivillos y despistados de ambos lados de la frontera, para formar una República del Río Bravo. En diciembre de 1853, algo en verdad grave: la venta de La Mesilla, entre forzada por nuestros vecinos del norte y sugerida por el partido conservador. Hoy, en los comienzos de 1854, la expedición del conde de Raousset- Boulbon, apoyado por el embajador francés en nuestro país y por un senador californiano, que pretende adueñarse de Sonora.

Otras amenazas separatistas se producen en el sureste, a partir de la nueva casta divina yucateca, que lo procura desde comienzos de la época y en un punto solicita a Washington la anexión.

Allí mismo y justo ahora estalla la mayor y más significativa de las múltiples rebeliones indígena- campesinas de la época, usando la memoria que empezó a recogerse hace tres siglos en el *Popol Vuh*. Guerra de Castas la llaman y a los ojos de las comunidades mayas representa la lucha a muerte contra los *extranjeros*, como conocen a cuantos no pertenecen a ellas y no paran de esquilmarlos desde la Conquista.

Los conservadores también son conscientes de ello pero lo atribuyen sobre todo a la destrucción del orden co-

Jorge Belarmino Fernández
lonial, y confían en el único factor de aparente identidad
común: la religión.

Se anunciaba la intervención en diciembre de 1845, cuando su ideólogo y líder moral, Lucas Alamán, impulsó un golpe de Estado recuperando la propuesta de crear una monarquía con un príncipe europeo a la cabeza.

Ese par de desastrosos años apuraron la maduración de las ideas y de los instrumentos de acción de los tres partidos y despejaron el camino para que uno de ellos, el liberal moderado, en circunstancias más favorables, tomara la iniciativa a través de dos gobiernos consecutivos.

En 1848 Melchor Ocampo piensa que la diferencia entre las fracciones liberales es “imperceptible o nula en principios y aún vaga en procedimientos” y debe reducirse a que los *puros* como él son “más activos y más impacientes, más cándidos y atolondrados”. Detrás de los primeros obra el respeto a ultranza de los principios, y en los segundos, los “calculadores”, obra el miedo a perder lo que poseen en tanto individuos y en tanto sociedad.

Eso determina las inclinaciones: hacia el mantenimiento del imperfectísimo pero seguro presente, o hacia el futuro, reto difícil de superar tras el que el panorama se despeja, también en términos individuales y colectivos. La historia de las ideas es siempre así: no andan solas, detrás hay intereses concretos y formaciones, vidas y personalidades particulares.

IX. Tragicomedia

El lector o lectora debe perdonarme por la forma de conducir el relato. Lo hago para aproximarnos lo más posible a la secuencia de hechos y los personajes que conducen a la Revolución, evitando un fácil resumen sobre el extraordinariamente complejo panorama nacional.

En su larga carrera Santa Anna sirvió y se sirvió de todas las corrientes. Fue, por ejemplo, uno de los artífices de la reacción contra el asesinato del Vicente Guerrero, y a su amparo Gómez Farías dictó las medidas de 1835 y 1846. Otro tanto puede decirse de su relación con los conservadores.

Un intelectual del siglo XX dedicó su mejor obra a los últimos gobiernos del personaje. Estupendamente documentado, presenta a un hombre digno de las más crueles burlas. La comedia es siempre bienvenida en los temas de historia, pues humaniza lo que al sacralizarse o convertirse en un denso, solemne discurso, hace del pasado un territorio cursi y mudo, en el cual no podemos ver nada.

Desde luego la risa no basta y puede volverse también en otro inmejorable método para cerrarnos el acceso a épocas y eventos trascendentales. En verdad no hay modo sino de carcajearse hasta las lágrimas, de la recepción a Santa Anna en el puerto de Veracruz a fines de marzo de 1853.

La ciudad acusa todavía los terribles efectos de la guerra de independencia, y tres décadas de abandono por

Jorge Belarmino Fernández parte de las autoridades locales y nacionales le dan un aspecto tristón. No está a tono pues con la solemnidad de los actos que felicitan al país por la inauguración de un magnífico tiempo, incluyendo a nuestro hombre, quien en breve reclamará de las cortes europeas un trato de tú a tú.

Los grandes comerciantes y las demás personas de bien se esfuerzan en remozarlo un poco y reparan el palacio municipal, donde darán la bienvenida a la magna figura. No terminan las obras y así el edificio mal responde a las orladas frases que ordenan pintar. “Libertad, Paz, Orden, Independencia, Autoridad”, gritan los cuatro muros exteriores, repitiendo fórmulas que de la Revolución Francesa al siglo XXI identifican al espíritu retrógrada en todas partes del mundo.

En la Ciudad de México el periódico conservador lanza una excitada hoja volante: “En este momento el general Santa Anna está entrando al puerto y desembarcará en dos horas. Todo el mundo sale a recibirlo”. El primer telégrafo acaba de instalarse en el país y cubre precisamente la línea entre ambos puntos, pero la publicación empieza a circular a las tres de la tarde, de modo que sus autores deben contar con una bola mágica para el reporte de lo aún no sucedido.

“Tronaron salvas de artillería, repiques {de las campanas}, cohetes y dianas {de las bandas}, como dignos representantes del ejército, del clero, del entusiasmo popular (que lo mismo lo vitoreaba que lo abucheaba) y por músicas que recorrían algunas calles,”

La capital de la República no quiere quedarse atrás, desde luego, y el día siguiente en ausencia del Deseado se

La Revolución de los pintos canta un Te-deum en la catedral, mientras le dan una manita a los teatros, y para las fiestas en honor se prevé el aprovechando del inicio de la temporada de toros y peleas de gallos. Entretanto, los generales afectan reúnen dinero para levantar un arco del triunfo.

Detrás están los sucesos de meses previos, que son mucho más que una mala broma y muestran a todos los actores involucrados en el desorden generalizado. Después echaremos una ojeada al uso político, social y económico de la situación nacional por parte del clero y el ejército, y al favorable clima para los más burdos negocios de los dueños del dinero.

Por ahora baste una breve, anecdótica información relacionada con estos últimos y con el cuarto gran factor de los tiempos: el apetito de los gobiernos extranjeros.

En el regreso del exilio, la armada inglesa se apura a facilitar el traslado de don Antonio a La Habana. Su comportamiento nos introduce a un personaje a quien de rebote encontraremos en los murmullos en torno a los preparativos de la Revolución de Ayutla: Jean Baptiste Jecker, que abrió las puertas del país a De Raousset-Boulbon usado como pretexto por Santa Anna para enviar tropas a Acapulco en febrero de 1854.

México nace endeudado hasta niveles intratables, su titubeante, desastroso paso luego no puede sostenerse sino con nuevos créditos internacionales, y grandes casas bancarias europeas aprovechan para obtener cuanto quieren. Lo hacen sin comprometerse a más que los amagos de cuando en cuando a nuestras costas, como el que en Tampico hizo nacer el nombre de Quinceañías al volarle la pierna la expedición de Barradas.

En marzo de 1853 los primeros en aprovechar la presa son los británicos que prestan un paquebote a Santa Anna, entre alarmadas noticias en la prensa internacional sobre “extrañas cosas” que se verifican “con el fin de establecer un imperio (español) en México”. Se trata de patrañas con un vago sustento, de las que los banqueros de Inglaterra se sacuden gracias a Jecker, uno de sus agentes en la República.

Este suizo lo sabe porque quienes preparan el nuevo gobierno se le acercaron a solicitarle un préstamo, al modo de siempre: con altísimas tasas de intereses que se cobran de inmediato, descontadas del dinero en efectivo puesto a disposición. Mientras en los tres años siguientes el país se desgarró, Jean Baptiste, su empresa y las de sus amigos mexicanos engordan como auténticos cerdos. No en balde una historiadora propone llamar a esta etapa nacional “la de los agiotistas”.

¿Cuántas comilonas, fiestas y demás, comparte con su gran competidor, Manuel Escandón? En los primeros meses del gobierno santanista, esta *finá persona* presenta un plan para crear el primer banco mexicano, que según él sacará de problemas a la administración pública durante veinte años. A cambio manejará las aduanas externas e internas y toda especie de impuestos.

Ni el peor de nuestros trastornados gobiernos aceptaría condiciones que invitarían a los bandidos de ínfima categoría de todo el mundo a convertirse en financieros mexicanos.

X. Hacia una dictadura

El propósito de Alamán al animar la dictadura, es que se dé el primer gran paso en el proyecto para la conversión de la República en una monarquía con un príncipe europeo al frente. En abril cuando don Antonio toma la Presidencia, Alamán lo convence de firmar unas Bases para la Administración Nacional.

Va en ellas el gran tema que interesa al programa de los conservadores: fin de la autonomía de los estados. Se pretende también restringir la libertad de prensa y la expresión de las ideas en general. Las medidas están embozadas en barnices, previniendo reacciones inmediatas, y terminan por descarsarse el 1 de enero de 1854 con la conversión de Santa Anna en Su Alteza Serenísima.

Para entonces, desde octubre, opera una *ley contra los conspiradores*, que depone, confina, lleva a la cárcel o destierra dentro y fuera de nuestras fronteras a quienes el gobierno teme por diversas razones.

Entre los de menor importancia está el general Florencio Villarreal, jefe político y comandante militar de la Costa Chica guerrerense, que primero se niega a dejar el cargo y luego a trasladarse a la Ciudad de México, donde es requerido. Contra el coronel en retiro Ignacio Comonfort, figura del partido liberal moderado, aparecen falsas acusaciones de turbios manejos, que lo hacen renunciar.

Se trata de actos de distinto carácter, que no tienen otro vínculo que el despotismo del régimen y el estado de la República donde se producen. Nada relaciona a los afectados ni llama mayormente la atención del país grande y del país pequeño, digamos. En éste participa quizás un diez por cierto de la población y lo constituyen los grandes poderes, la clase política y una opinión pública concentrada en las ciudades y las áreas rurales próximas a ellas.

México tiene nueve millones de habitantes regados por el vasto territorio que le queda a pesar de la voracidad de los Estados Unidos. El relativo pequeño número, comparado con el del siglo XXI, no debe tranquilizar a Quinceañás, como popularmente se conoce a Santa Anna por su espíritu de rapiña y la pérdida de una pierna.

¿Cómo se somete a un país tan disperso y cuyo sistema de comunicaciones es pobrísimo y hay sólo una docena de carreteras en cierto buen estado, pues a la bancarrota permanente de la hacienda pública, la corrupción y el desinterés de los gobiernos, se olvidan por completo de su mantenimiento?

En todo caso, en el mes de enero siguiente, en el cual estamos, Su Alteza moviliza hacia Acapulco al Segundo Batallón poblano, con el pretexto de una supuesta expedición filibustera organizada en California por el conde de Raousset-Boulbon,, un aventurero francés bien conocido en el país.

Tomás Moreno, gobernador interino, y el propio Álvarez se quejan sin resultado por una decisión que declaran absurda. En respuesta, el 22 de febrero el régimen encarga la operación a un general de la Ciudad de México, indicándole confidencialmente:

“Puede suceder que por las circunstancias en que se halla el Departamento de Guerrero, sea necesario que V.S. se encargue de su gobierno político y militar... Vigilará V.S. cuidadosamente al general Álvarez, y declarada la sublevación (...) procurará asegurarlo, mandándole de inmediato a esta capital; pero (...) procurará que se haga hábilmente, para que no se escape un hombre que puede hacer mucho mal.”

En sus memorias Ignacio Comonfort, quien para ese momento prepara la revuelta con el guerrerense, dirá que triunfarán gracias más a la opinión pública que a la fuerza de las armas. En las grandes ciudades y particularmente en la capital de la República, el malestar se manifiesta tibia pero crecientemente, y a él responden en buena medida las loas en las exequias de algunos periódicos a la persona de un liberal moderado que en varias ocasiones se encargó de la Presidencia. Santa Anna los cierra, enfurecido, y la reacción amenaza tomar las calles conducida por Ignacio Ramírez, una de las cabezas más agudas e intransigentes del liberalismo radical, quien termina en la cárcel.

Hago referencia al episodio porque toca lo que es el meollo de esta historia: el inicio de la irrupción de la sociedad civil como protagonista en los primeros planos del escenario político y militar.

La secuencia de hechos que nos guía hasta aquí la recogió el libro escrito poco después sobre la Revolución de Ayutla, reconocido todavía en el siglo XXI como el clásico sobre el tema. Siguiéndola uno se pregunta cuánto la Alteza Serenísima y los suyos atinan en las movilizaciones contra una posible revuelta, y cuánto la empujan, orillando el acercamiento entre personalidades de diversas ideas e intereses.

Con el uso de otras fuentes se observa un panorama relativamente distinto. Antes revisemos qué representan algunos de los personajes citados. Casi todos pertenecen a un género de hombres dominantes en el país desde la independencia y aún antes: los caciques y caudillos militares que se imponen sobre una región alternándose en su gobierno. Tienen orígenes diversos y sus tendencias políticas suelen mudar conforme dictan las circunstancias.

Florencio Villarreal fue oficial realista hasta que Agustín de Iturbide convocó al giro de sobra conocido, y vino a Guerrero a propuesta del sobrino y compañero de los tres hermanos Bravo, lugartenientes de José María Morelos: Nicolás, que ha servido a todos los partidos, cada vez más a la sombra de Santa Anna, por un lado, y de los conservadores, por otro. Tomás Moreno se incorporó muy joven a las filas independentistas en el estado de Guanajuato, y hoy está cerca de los amigos de Alamán. Álvarez perteneció a la larga lista de los primeros insurgentes sureños y se convirtió en el hombre más prominente de estas tierras.

Como buenos caciques que comparten el poder en una entidad, se acercan o distancian conforme a sus intereses, orígenes, etcétera, al vaivén de los tiempos. Así Villarreal fue siempre un enemigo abierto o solapado de don Juan, y las fraternales relaciones de éste con Moreno sufren tensas suspensiones. Algo semejante pasa con Bravo, que a mediados de 1853 se pensaría está seguro de recibir el apoyo santanista para asaltar a la mala la gubernatura, y luego se lo invita inútilmente a formar parte de la Revolución.

En estos meses previos a ella, los tres primeros se alían por muy distintas razones. Villarreal se encuentra des-

La Revolución de los pintos de octubre en un callejón sin salida. Entre Álvarez y Quinteñas durante 1853 se diría que hubo relaciones muy cuidadosas de las formas, y el primero recibió la más preciada distinción del segundo, luego de felicitarlo por el regreso a la Presidencia.

Se diría, aclaro, porque a mediados de año una revuelta contra el gobernador, sofocada justamente en Ayutla, parecía tener detrás de sí a los amigos del dictador, y otro tanto se podría hallar en el soliviantarse del congreso local a instancias de Bravo.

De Moreno la dictadura sólo se previene, y Comonfort a pesar de su filiación política no se encuentra en la lista conocida de factibles conspiradores. Con Álvarez es distinto. Los rumores recogidos en diciembre sobre un dudoso comportamiento lo expusieron a graves sanciones, que anuncian cumplirse con la instrucción dada a las tropas que avanzan por los puntos neurálgicos de Guerrero, y el general-cacique debe intuirlo.

En cualquier caso, el choque empieza a producirse a fines de febrero. El 24 los soldados de la dictadura entran en Chilpancingo, Moreno se declara tácitamente en rebeldía abandonando el lugar y renunciando a una alta categoría que le otorgó Santa Anna. El mismo día en La Providencia don Juan convoca a su gente a la acción y el 27 envía a su hijo Diego a encarcelar al comandante de Acapulco, puerto bloqueado por dos buques de la marina del Sur.

Las asonadas son un rasgo característico del México independiente y si bien la que se prepara tiene muchos elementos en común con las anteriores, ya en las escaramuzas a las que acudimos se distinguen peculiaridades significati-

Jorge Belarmino Fernández vas. La mayor es la propia conformación de las tropas a las cuales apela don Juan, que si bien forman parte del ejército estatal, no responden del todo al dibujo hecho unos años antes por el general Anaya sobre la clase militar:

“El estado de revolución permanente ha proporcionado á hombres indignos”, engalanando a algunos “con las insignias superiores (...) La empleomanía (...) ha abierto la puerta a la juventud más ignorante y corrompida” y los hombres se sacan por la fuerza de “la choza del indígena, de las cárceles y los presidios”. Eso explica el fenómeno estructural de la desertión: “los calabozos de los cuarteles y los juzgados militares están atestados de reos y causas, por la frecuencia con que se comete este delito”.

Una porción de los hombres a los que el ex gobernador de Guerrero concentra, están vinculados a él por relaciones clientelares y afectivas y pertenecen a guardias nacionales o batallones cuyos soldados no son de leva. Ahí está el secreto de lo que empezó a fraguarse durante la invasión de los Estados Unidos, que rematará en la guerra de Reforma y la lucha contra el imperio.

De tal modo el ejército profesional cada vez contará menos, y algunos grupos populares se involucrarán por primera ocasión en la lucha política.

Otra singularidad es la estima en la cual se tiene a esas fuerzas locales. Ciertamente que Álvarez y el resto de los próximos firmantes del Plan de Ayutla toman en cuenta las condiciones del conjunto del país y escogen la favorable coyuntura que trae un nuevo endurecimiento de la dictadura.

Sin embargo hasta aquí nada se mueve fuera del estado de Guerrero y del vecino extremo sur del Estado de

La Revolución de los pintos México, que luego se convertirá en el de Morelos, pues el paralelo descontento externado por gobernadores y altos mandos en cuatro puntos de la República no prospera.

Por lo demás, los guerrerenses no entran en contacto con otras regiones a excepción de las colindancias de Michoacán.

En resumen, la clave pareciera estar en estas tierras que apenas en 1849 se declararon una nueva entidad de la federación, gracias quizás sobre todo a su historia a partir de 1810. Aquí nacieron y tuvieron su núcleo las columnas del general Morelos, aquí se concentró la resistencia más tenaz de los restos insurgentes, y aquí encuentra alivio el gran personaje de quien el estado toma el nombre, en la azarosa carrera por sostener los principios de lo comenzado por Hidalgo.

Tampoco hay relación estrecha con Melchor Ocampo, José María Mata, Ponciano Arriaga, Benito Juárez y demás liberales expatriados en Nueva Orleans, y debe rastrearse en detalle la presencia de un enviado suyo, Eligio Romero. Éste llega a Acapulco antes de que los santanistas se hagan del puerto y sin razón visible altera su nombre y nacionalidad, para dirigirse de inmediato a ver a Álvarez. ¿No saca nada en claro, lector o lectora? Así debe ser, porque así se nos presentan esos y los demás acontecimientos de los cuales nos hablan los libros y porque es necesaria la participación de usted para buscarles sentido.

II

Llegó el momento

Ya que el 24 de febrero las convocó a La Providencia, Juan Álvarez cuenta con siquiera una parte del núcleo de sus fuerzas, pues otra parece estar en camino, trasladándose desde municipios retirados, como el de San Marcos, cerca de la entrada a la Costa Chica.

Las batallas y la larga serie de movimientos de los rebeldes entre una y otra son apasionantes y no podemos seguirlos con siquiera un mínimo detalle. Lo son en sí mismos y en cuanto exhiben la composición y el espíritu de la revuelta, en sus vaivenes durante año y medio.

Hemos visto cómo Álvarez y Comonfort se preocupan en dar la imagen de un levantamiento que surge en el seno del ejército, y a la vez don Juan reúne fuerzas a las cuales la clase militar mirará con profunda desconfianza, primero, y luego con franca ira. Llama la atención ahora que Florencio Villarreal lance un manifiesto para ganarse la simpatía de la población de la Costa Chica, a la que ha tratado tiránicamente. Promete en él acabar con las glebas, que tanto daño hacen a los pobres, dice.

Este tipo de proclamas no resulta nuevo y sin embargo, en el clima creado por la dictadura, la oficialidad nacional puede interpretarla como un acto demagógico sin consecuencias o como un reto que socava sus bases.

¿Juzgo mal? Quizás. En cualquier caso me guía el propósito en el aire desde el fracaso contra los Estados Unidos, de reformar y moralizar a la institución castrense, entre cosas terminando con las reclutas forzosas. Detrás de él está el discurso liberal contra los fueros, empezando con el del ejército.

Me guían también los acontecimientos por venir: hasta muy avanzada la revuelta ninguna guarnición se le sumará y a cambio cobrarán fuerzas las partidas irregulares cuya lógica ridiculizará a generales, capitanes, sargentos.

Sin embargo la batalla con que el movimiento recibe su bautizo de sangre, corre a cargo de las tropas regulares del puerto de Acapulco.

De hecho los batallones comisionados para la defensa del fuerte de San Diego y de la ciudad y sus alrededores, no se agregan de súbito al Plan. El apresamiento a fines de febrero del comandante de la plaza por Diego, el hijo de Álvarez, resulta inconcebible sin la participación directa o la deliberada omisión de la oficialidad.

Santa Anna percibe de inmediato el peligro que representan don Juan y su gente, y la oportunidad de confirmar la aureola en la cual está envuelto él, y el 26 de marzo toma la dirección de la campaña. Lleva cinco mil hombres para asegurarse del triunfo y hace de la primera parte del camino uno de los más ridículos paseos que hayan visto nuestras tierras desde la campaña de Texas.

En todos lados se detiene quien reclama a las cortes europeas el reconocimiento de ser uno de sus pares, para recibir costosas muestras de adhesión. Entre clamores y saludos atraviesa los distritos de Cuernavaca, Taxco e Iguala, como rumbo a una fiesta.

Entonces se encuentra con la primera, muy sintomática advertencia, hecha por el guerrillero quizá más duro a lo largo de la revuelta: Faustino Villalba. Álvarez lo nombró “comandante militar de la demarcación”, y por el momento con unos cuantos centenares de hombres, le da dos mordidas al atravesar el Mezcala.

En la memoria de Quinceañías no hay una acción semejante desde sus años virreinales, y pierde a buen número de hombres, muertos o prisioneros, y provisiones. En el extraño fenómeno que empieza a producirse en su cabeza, por ahora puede ocultar el golpe pensando en el castigo al insolente apenas esté de vuelta.

Los malos presagios, si en verdad los percibe, se olvidan al llegar a Chilpancingo, donde en plena, marcial parada de las tropas ante la guarnición y los vecinos, una “soberbia águila (que se llamó imperial)” encanta a unos y otros con su vuelo un largo rato, y en el brusco descenso, cuando todos temen lo peor, queda postrada a los pies del presidente.

La reina de las alturas “no se dejó tocar de nadie, sino del afortunado general”, cuenta la historia, a la que le faltaron arrestos para una mitificación en forma, posando al plumífero en el hombro de nuestra Ave Fénix, por aquello de no importa cuánto se incendie, revive.

Días pasa el señor en fiestas, mientras la revuelta cunde en torno suyo. Cuando retoma el viaje se le acaba el jolgorio. Al principio no lo sabe pero sus comunicaciones fuera del estado quedan cortadas por la intervención sobre todo de Villalba, quien cada vez más es un quebradero de cabeza para el gobierno en el curso del Mezcala.

La falta de noticias en la Ciudad de México produce una reacción sintomática en la cúpula del régimen. Los ministros aconsejaron con terquedad a su superior que no asumiera personalmente la jefatura de la campaña, y ahora temen los traicione llegando a un acuerdo con Álvarez!

Menuda absurda comedia de equivocaciones, cuando las tropas de Su Alteza zigzaguean entre la sierra por parajes que se prestan a la emboscada. Respetan la norma de seguir el curso del propio río en su camino al mar, y si no encuentran resistencia, a todo lo largo sin duda experimentan esa intimidante sensación de que hay muchos ojos observándolos en secreto, tras los cuales pueden estar grupos armados dispuestos a echárseles encima.

La soberbia del dictador sin duda le hace creer que nadie se atreverá contra columnas de las dimensiones y el armamento de las suyas. Sin embargo conoce las destrezas de don Juan, sobre todo en estas tierras tan propicias a la defensa, en las que el ex gobernador puede moverse casi a ciegas. Tiene informes sobre una nueva merma en la salud de su enemigo y tontamente confía en que no habrá asaltos sin él a la cabeza.

El 13 de abril al llegar al punto del Coquillo, en el municipio de Cuatepec, sus soldados acusan ya las jornadas de calores y sed. La compañía de San Marcos y el batallón de Costa Chica le dan allí una probada de lo que puede recibir en adelante. Aprovechando el cruce del curso de agua, los insurrectos los atacan de la sabia manera que aconsejan las circunstancias: no en una acción en regla, sino picándolos y retirándose.

Desde ese momento los meros fantasmas se vuelven sombras capaces de materializarse a cada paso. Así lo

Jorge Belarmino Fernández hacen repetidamente, vaciando además el camino de provisiones de toda clase: alimentos, bestias...

Comonfort lo espera haciendo cuanto está a su mano por paliar siquiera un poco las tristes condiciones en las cuales se hallan el fuerte de San Diego y las garitas del puerto. No confía sólo en ellas, desde luego, para repeler al auténtico huracán que dadas las circunstancias representan los cinco mil hombres del enemigo, provistos de baterías en mayor número y mejor estado que las suyas.

¿Qué hará cuando en acciones combinadas, los cañones protejan asaltos por los tres lados del reducto, con las líneas de infantes ante cuya proverbial voluntad de sacrificio temblaron los propios invasores estadounidenses, y una caballería formado por veteranos?

Don Ignacio apuesta al auxilio de las fuerzas de Álvarez, que extendidas todo alrededor, aquí obren a la manera del Coquillo y allá hagan entradas en regla, con el empleo de decenas de espías en traje de pueblo, y de sendas insospechables para los atacantes.

Incluso en su demencial altivez, Su Alteza sin duda calcula este peligro y a ello todo indica se deberá su errático comportamiento. Al alcanzar la vista de la plaza el 19 de abril, de seguro ruega al Altísimo (por eso de que la Iglesia prometió que lo acompañaría en los peores trances) que el caudillo de la insurrección continúe enfermo y sus segundos no cuenten con la habilidad y la organización requerida.

Hasta lo más insignificante a nuestros ojos habla como loro de la cotidianeidad de la época y de sus actores, así que debemos imaginar la inflamada arenga que las tropas gubernamentales reciben de su comandante, en el tono de demagógica grandilocuencia característica.

Por desgracia nadie recogió esas palabras en las que la reencarnación de Napoleón Bonaparte se siente siquiera un poco como ante las pirámides de Egipto, en la famosa campaña del francés. Un instante de gloria vive nuestro hombre y vaya uno a saber cuántos de sus subalternos. Con él viene la confianza en arrasar a la punta de bandidos de San Diego, capitaneados por un coronel en retiro, de no muchas luces en el pasado.

Comonfort va a demostrarles las muchas virtudes ocultas en quienes dejan de ser operadores del poder para asumirse como pueblo indignado. Puso a punto las maltrechas baterías del fuerte y dándoles una nueva dirección de modo de mirar hacia la tierra y no rumbo al mar, y las balas, mantiene a distancia a los efectivos que multiplican por cinco a los suyos.

Santa Anna dispone de inmediato un ataque sorpresa usando a la noche de cobijo. Novecientos soldados, “en su mayoría de la brigada de la Costa Chica”, presuntamente bien acostumbrados a terrenos como el de Acapulco, progresan entre las sombras.

Pueden sospecharlo, pero en verdad no tienen idea de que los defensores los aguardan en tres líneas concéntricas, en cuyo exterior hay cuatro fortines improvisados. El primer intento de entrada se produce a las tres de la mañana hacia Río Grande, donde está la primera compañía del batallón Galeana. Ésta recibió instrucciones de que tras una recepción a la común forma, proceda a retirarse en orden hacia la fortaleza.

Atraen así a los atacantes, cuyo instinto por naturaleza los empuja adelante, haciéndolos topar con el corazón

Jorge Belarmino Fernández de la defensa preparada. El éxito de los planes de don Ignacio es completo, en principio, pero la batalla hay que librarla en lo extenso de la línea y sigue al amanecer, cuando lanza a la carga a cincuenta hombre de San Jerónimo, “a la compañía de matriculados, a las órdenes de Don José María Suárez” y enseguida, a la compañía de Galeana, que dirige el capitán Carlos Haizt.

La operación la amparan los cañones que mantienen a raya a factibles refuerzos, a pesar de la escasez de artilleros. Bien entrado el día la columna santanista “estaba destrozada” y dispersa busca refugio o se envalentona entrando a las calles de la ciudad, de donde las guerrillas los desalojan y persiguen. Con todo, las bajas resultan menores en ambos bandos y a cambio gran número de gobiernistas quedan presos.

¿Qué hace mientras tanto Quinceañás? Observa y no más. ¿Está viejo y lo que testimonia, apenas la luz se lo permite, le susurra al oído cuánto de novedad hay ya en el comportamiento de los rebeldes? ¿O entra en un proceso incontenible de confusión entre discurso y realidad, que explica sus acciones en el propio Acapulco durante los próximos días y a lo largo del siguiente año y medio?

Por la tarde del mismo día veinte envía parlamentarios para intimar la rendición. En circunstancias normales podría creerse que por encima del revés el general sopejó su superioridad real. Dados los hechos a continuación, debe pensarse más bien en la estratagema a la cual está habituada la clase militar en conjunto: la negociación que permita a cada bando volver a casa para pensarlo mejor. La respuesta del comandante de la plaza al entregarle el pliego con la demanda, lo deja frío, me parece:

“—No puedo recibir ese oficio ni recibir proposición alguna de transacción sin previo aviso del Sr. Álvarez, que es nuestro general en jefe...”

Lo deja frío, digo, pues además el papel va acompañado del ofrecimiento a Comonfort, de viva voz del enviado, de continuar con la comandancia de la ciudad y recibir cien mil pesos en compensación, que se colocarían donde el interesado quisiera, “dentro o fuera del país”.

Que la contestación es al menos en algún grado imprevista, lo prueba creo la larga charla previa a la propuesta a don Ignacio. El representante del dictador intercambia con él opiniones sobre la campaña y el estado general del país, y a la mención de don Juan le recuerdan la pobre salud de éste, que hace inviable, de paso, su apoyo a Acapulco.

Nuestro hombre se muestra halagado por el tratamiento y el dibujo sobre su persona ahora y de dignarse a evitar la sangre derramada a partir de este punto. Desde luego no es un cobarde ni está dispuesto a renunciar a sus ideas y compromisos. Sin embargo el cuadro que le pintan es correcto: en más de un mes ninguna plaza militar ni ninguna partida fuera de las modestísimas de las cercanías de Michoacán, ya liquidadas, respondió al Plan; y el gobernador guerrerense se encuentra impedido.

El segundo hombre de la revolución, por esencia proclive a la conciliación, tendría que valorar el paquete, pienso. Y no lo hace. Al terminar con un contundente no, advierte a Su Alteza de hallarse en verdad en condiciones que empiezan a ser inéditas.

A las ocho de la noche hay pequeño amago de la dictadura de entrar a la ciudad por los Pocitos, que no tras-

Jorge Belarmino Fernández
ciende. Y nada más. ¿Qué hace Santa Anna? ¿Dar tiempo
a que Álvarez mejore de salud y él u otros se acerquen en
alivio del cerco? A las cuatro de la tarde del día siguiente
sus comisionados vuelven a presentarse en el fuerte.

Vienen ahora con un posible engaño, pues aseguran haber mandado a don Juan una carta, y solicitan el alto al fuego hasta la madrugada, en espera de respuesta. Commonfort concede, ya que a quien apremia el tiempo no es a él, y al anochecer apresra una barca procedente de las naves militares ancladas en la bahía.

Pasan las seis de la mañana convenidas y sesenta horas más, y el presidente no mueve un dedo. Hecho inteligencia pura, comunica el desaliento a las tropas y las eternas deserciones dan comienzo. La noche del 25 traslada su campo de Las Huertas a las lomas del Herrador, y los defensores no atinan a entender, pues así se aleja.

Tal vez prepara un golpe maestro, piensan, y hacen los preparativos para el gran momento. Cuando despunta la aurora del día 26, no caben en el asombro. Quizás el águila de Chilpancingo dio malos consejos o vaticinios a Quinceañás, que emprende la retirada.

¿Una burguesía mexicana?

La historia a veces es muy noble y encuentra la confluencia de sujetos y episodios que ilustran distintas cosas. Es el caso en la pérdida de la pierna de Santa Anna, la formación de la poderosa casa financiera y comercial Jecker, Torres y Compañía, sus relaciones con el conde de Raousset- Boulbon, y el inicio de la Revolución de Ayutla.

Para enviar sus primeras tropas a Guerrero en febrero de 1854, Su Alteza Serenísima usa de pretexto la posible llegada a las costas de ese estado, de una “expedición filibustera” bajo el mando de Raousset, un aristócrata suizo en bancarrota que por segunda vez intenta crear una república de Sonora.

Así el personaje ha exhibido de la manera más grotesca el nivel de descomposición al cual llegó el país. Lo contrató una de las sociedades mercantiles con residencia en la Ciudad de México, que compiten por los derechos de explotación de los hasta entonces inexplorados depósitos minerales sonorenses.

Su función era comandar una partida de franceses a quienes en la California recién cedida a los Estados Unidos, se les retira el derecho a la participación en la fiebre del oro, para favorecer con las armas a una de aquellas empresas mexicanas en disputa.

En meses Boulbon se declaró señor de aquellas tierras. Todo indica que tenía el apoyo del cónsul de Francia en México y de la propia Casa Jecker- Torres. Ésta refleja los cambios que vienen produciéndose en los hombres de dinero en el país, luego del fin de los monopolios mercantiles dominantes en la época colonial y de la expulsión de los grandes comerciantes españoles tras la independencia.

Juan Bautista Jecker llegó a la República apenas en 1840 para montar su negocio con la aportación monetaria de un brillante hermano, que casi en un abrir y cerrar de ojos se volvió uno de los médicos más célebres e innovadores. Al modo de nuestros reyes midas de épocas posteriores —incluyendo desde luego a los de los neoliberales del año 2000—, Juan Bautista y su socio español también desembarcado hace muy poco, viven de esquilmar al Estado con la complicidad de gabinetes presidenciales.

Las continuas guerras internas y las incursiones extranjeras reclaman préstamos que muy pronto se vuelven leoninos. Con apremio el gobierno federal y los estatales solicitan recursos a la casta a la cual se ha incorporado Jecker, de los cuales en términos reales reciben apenas una pequeña parte. El pago está garantizado especialmente por los ingresos de las aduanas marítimas, y se eterniza aun cuando terminaron de cumplirse, por los clásicos métodos de los agiotistas.

Nuestro cada día más acaudalado empresario suizo está envuelto, de paso, en el oscuro juego de los bonos que Francia e Inglaterra y España obtienen de las autoridades mexicanas, por una deuda a veces real y a veces inventada por supuestas afectaciones a la propiedad de sus ciudadanos.

De esa forma las actividades de Jecker están relacionadas lo mismo con la Guerra de los Pasteles, en que Santa Anna pierde su así glorioso miembro, que con la futura invasión francesa a la cual harán frente los hombres de la Reforma. Cuando usando la amenaza De Raousset- Boulbon, en la cual Juan Bautista parece involucrado, Su Alteza Serenísima envía tropas a Guerrero, no sólo usa un vil pretexto: descuida además el verdadero peligro, que se cierne sobre Sonora y cuenta ahora con la colaboración de otro célebre aventurero, el inglés James Walker, del cónsul de Francia en California y de un senador de ese mismo estado.

Hay una vieja discusión entre los historiadores mexicanos, sobre la existencia o no de una auténtica burguesía nativa identificada con el partido liberal. Ciertamente que en algunos lados, como el Yucatán de la nueva Casta Divina, hay dinámicos grupos empresariales que recuerdan a los de la Revolución Industrial.

Éstos empujan enormes cambios para proceder a la acumulación originaria señalada por Carlos Marx, y así al empleo exhaustivo de trabajadores y trabajadoras cuyas propiedades y garantías de sustento se han reducido a su fuerza de trabajo. Pero entre nosotros se cuentan con los dedos y no están dispuestos a pagar un peso por los brazos que emplean a la manera de los tiempos coloniales.

Otros más pequeños son del estilo de los terratenientes y comerciantes con los cuales está en contacto el cacique de Guerrero. Todos heredan la fórmula de la que se vale Jecker y que seguirá vigente durante todo el porfiriato, la posrevolución y el reino de los neoliberales: hacer de la complicidad con el Estado su principal fuente de propiedades e ingresos.

Los pintos, un pie en el buen pasado y otro en el buen futuro

Ni de ida ni de vuelta Quinceañás cubrió el trayecto Chilpancingo-Acapulco como un mero trámite. Más aún: al súbito abandono de las posiciones contra el fuerte resolvió lo sufrido en las semanas anteriores, que lo previnieron de la total desgracia en la cual podría caer de emplearse a fondo en la toma de San Diego.

Desde la salida de la capital estatal, las tropas van zigzagueando entre la sierra, por parajes que repetidamente se prestan a la emboscada. Respetan la norma de seguir el curso del río Papagayo y si no encuentran resistencia, a todo lo largo sin duda experimentan esa intimidante sensación de que hay muchos ojos observándolos en secreto, tras los cuales pueden estar grupos armados dispuestos a echárseles encima.

La soberbia del general-dictador sin duda le hace creer que nadie se atreverá contra columnas de las dimensiones y el armamento de las suyas. Sin embargo conoce las destrezas de Álvarez, sobre todo en estas tierras tan propicias a la defensa, en las que el ex gobernador puede moverse casi a ciegas. Tiene informes sobre una nueva merma en la salud de su enemigo y tontamente confía en que no habrá asaltos sin él a la cabeza.

El 13 de abril, al llegar al punto del Coquillo, en el municipio de Cuatepec, sus soldados acusan ya las jornadas de calores y poca agua. La compañía de San Marcos y el batallón de Costa Chica le dan allí una probada de lo que puede recibir en adelante. Aprovechando el cruce del río, los insurrectos los atacan de la sabia manera que aconsejan las circunstancias: no para una acción en regla, sino picándolos y retirándose.

Desde ese momento los meros fantasmas se vuelven sombras capaces de materializarse a cada paso. Así lo hacen repetidamente, vaciando de paso el camino de provisiones de toda clase: alimentos, bestias...

Según dijimos, en parte Santa Anna dejó Acapulco sabedor de que don Juan al fin puede moverse y se aproxima a sus espaldas. Está allí, ocupando con Moreno y otros las alturas al noreste de la ciudad, la garita del poniente, la Poza de los Dragos, Pueblo Nuevo, Carabali y los Cajones.

Al contemplar la marcha de la Alteza, una porción de su gente le hostiliza la retaguardia, y Encarnación Álvarez se adelanta por los cerros hasta el del Peregrino. Los gubernamentales han devastado el Ejido, Cacahuatpec y Dos Arroyos, y ahora les pasan la cuenta.

Hambrientos y con sed, la eterna abnegada infantería, repitiendo una antigua historia santanista, deja tras de sí un reguero de muertos y desertores esta vez temerosos por partida doble, pues se imaginan expuestos a la cólera de los pueblos. No es así, en lo general, debido a las órdenes y convocatorias del propio jefe del ejército rebelde, sobre el respeto a los uniformados de a pie que se rinden o escapan. Lo mueve la piedad y el cálculo, por la invitación que les hace para sumársele.

La batalla del 30 de abril en el Peregrino es la primera que en verdad prueba cuántas ganancias dejará la guerra informal. Baste decir que el mismísimo Santa Anna queda en riesgo de caer preso, y pierde trescientos animales de transporte, veinticuatro caballos con silla y víveres en gran cantidad. En lugar de botín de guerra, lo tomado por los insurrectos va a la población que sufrió a expensas de “los federales”.

De eso son capaces quienes despectivamente reciben el título de pintos. Están a un tiempo volviendo sobre sus antepasados independentistas, y señalando la dirección que seguirán los demás estados durante el movimiento.

¿Cuán desquiciada está la Alteza Serenísima al retirarse? Tanto como para convertir la negligencia en culto a la personalidad. La mentira desde luego no es nueva en él, quien en las dos décadas y media en las cuales se volvió la gran figura del país, con frecuencia presume victorias que no ha obtenido. Pero lo de ahora es demencial, de plano, porque permite a la insurrección reforzarse de modo extraordinario y lo celebra por todo lo alto.

Los ministros circulan las reglas a seguir para el triunfal recibimiento. Todo está tan sostenido en la nada, que el gran día el ayuntamiento de Tlalpan olvida regar las calles por las que el portento deberá pasar como si estuviera en el París del imperio napoleónico.

Allí lo aguarda el gabinete y una comisión del Consejo de Estado, quienes de gala todos hacen tiempo para la llegada de Doña Dolores, la esposa, con su séquito estilo Versalles. En el interior de la ciudad vela un espléndido arco del triunfo:

“Estaba decorado con pinturas alusivas a la solemnidad y coronado por la estatua de S. A. S., algunos haces de armas, y festones de hojas naturales.” La batería frente al Palacio Nacional suelta la estruendosa carga y las campanas de la catedral repican contestando y dan así la señal para que las del resto de las iglesias de la capital se echen a vuelo.

El Yo el Supremo mexicano pasa por el arco y escucha el Te-deum “cantado por el mismísimo arzobispo”, y se deja abrazar y besar por hombres, mujeres, niños y ancianos, y es tal la emoción del gran circo, que las lágrimas ruedan aquí y allá.

A los dos días, en representación de la realidad una tormenta da de bofetadas a la estupidez echando abajo el arco.

Los exilados

Con el destierro algunas cabezas de ambas alas del partido liberal disponen por primera vez del tiempo para una discusión más o menos sistemática, y la revuelta de Ayutla se les ofrece como el instrumento para concretar un proyecto, urgiéndolos a definirlo.

La afirmación debe matizarse mucho, pues se da la falsa imagen de un grupo de políticos y pensadores dedicados casi de tiempo completo durante año y medio a levantar un programa. El encuentro no tiene la continuidad presumida por la bibliografía que no se especializa en el tema. La reunión en Nueva Orleans de Ocampo, Arriaga, Mata, Juárez y otros cuantos dura poco en el caso del primero, quien es la pieza clave.

Don Melchor pasa menos de cinco meses con sus amigos y por motivos personales marcha al puerto de Brownsville, Texas, cerca de la frontera. Todo indica, sin embargo, que se trata de un periodo muy rico, traducido en una porción de documentos y publicaciones.

El michoacano logra entonces varias cosas. Por un lado deshecha las caracterizaciones fáciles que separan a puros y moderados. Por otro da comienzo a organizar las ideas en torno a la necesidad de una serie de reformas sobre el peso de la Iglesia y el ejército. Finalmente, obtiene el

La Revolución de los pintos reconocimiento general y en consecuencia facilita la unidad de acción.

A partir de ese momento el intercambio de opiniones es en gran medida epistolar y fluye a cuentagotas, digamos, al menos entre los dos grupos que crea el azar. Al principio no se lanzan las campanas a vuelo con la sola revuelta. Según vimos, Eligio Romero asistió en calidad de una especie de representante suyo a la reunión que elaboró el Plan. De regreso está en condiciones de informar con detalle lo que hay involucrado en la revolución sureña, que reconoce la influencia moral de los exilados.

Las relaciones se limitan luego al distante seguimiento que cada parte hace de la evolución de la otra, y a las esporádicas cartas de Comonfort, quien suele dirigirlas a Miguel Arrijoja en Nueva York, convirtiéndolo en un informal delegado, incluso durante el viaje que don Ignacio hace a esa ciudad a fines del 54, para procurarse armas.

Los expatriados creen firmemente en el triunfo de sus posiciones, pero se trata de algo semejante a un acto de fe, pues no saben cómo las concretarán, y a veces temen un desmoronamiento de la dictadura que no les permita intervenir.

La correspondencia de Juárez es ilustrativa. En junio escribe: "Las noticias de México nada dicen de importancia, Álvarez sigue *en statu quo*". En julio una extensa misiva a don Melchor se ocupa mayormente de la vida cotidiana y al tratar de la revuelta, de la cual está informado también por la prensa, reitera que "no se ha sabido nada de importancia", fuera de la actividad en Michoacán, donde hay "varias partidas (...) dando bastante guerra".

Añade que si hacia allí don Juan “mandara alguna fuerza con un jefe regular, podría asegurarse como indudable el triunfo” en el estado. Piensa sin embargo que no sucederá así o porque el guerrerense ha muerto, conforme “lo aseguran los particulares y los periódicos”, o por “la avanzada edad” del caudillo.

Éste, presume, escribió una carta a Ocampo anunciándole su enfermedad y pidiéndole se encargue del nombramiento de un nuevo director militar, si llega el caso.

En agosto don Benito se lamenta de no recibir informes de Brownsville sino hasta el día dos de ese mes, y espera buenas noticias, más que del campo revolucionario, del “disgusto contra el Gobierno” que le aseguran “ha cundido ya entre jefes y oficiales del ejército”, debido a reclamos personales.

Dos semanas después al fin le llega la correspondencia de don Melchor y en la contestación fechada el 30 sólo un último, breve párrafo se ocupa de la revuelta, en la versión de los pronunciados de Ciudad Victoria.

A mediados de septiembre le vuelve la confianza en los sureños, por la recuperación de Ayutla, pero el 30 de noviembre se siente tan postrado que los nuevos avances en Guerrero y las “chispas (...) en el Estado de México, en Guanajuato y en Jalisco” le despiertan una terrible, legítima sospecha: “es casi imposible que el dictador se salve de la borrasca, de manera que a mi modo de ver, no es ya dudosa su pronta caída; pero destruido el tirano ¿se habrá conseguido el triunfo verdadero de Los principios?”.

Y concluye: “por más que se diga, no hay la ilustración suficientes para conquistar la libertad sin cometer

La Revolución de los pintos los excesos que la deshonren, ni para afianzarla”. Lo hace sabiendo que en su ahora mentor no caben ni el pesimismo ni las indecisiones, cuando menos en los momentos que corren. Es una encendida “filípica” impresa por aquél, quien se apura a hacérsela llegar, la que en diciembre le devuelve la esperanza.

El arduo avance

Durante un año, de mayo de 1854 al mismo mes de 1855, la Revolución se limita prácticamente a Guerrero y pequeñas áreas de Michoacán. A pesar o justo por ello, es entonces que adquiere la fuerza y el carácter gracias a los cuales después puede pretender los grandes cambios necesarios para el país.

Tras la retirada de Santa Anna la revuelta entre los guerrerenses se expande con un poder que se diría hace imposible rendirla. Juan Antonio y Juan de Nava, Martín Ojendiz, José María González, Pascual Asensio Torres y “otros muchos, brotaron como por encanto de las breñas del Sur, y dieron qué hacer por todas partes a las tropas del gobierno, sin dejarles punto de reposo”.

En la Costa Chica las tropas de la dictadura que toman Ayutla el 3 de mayo, deben retirarse al poco a Ometepepec y huyen luego de allí, ante el empuje de Álvarez y Villareal. La columna del ejército regular no encuentra reposo en los alrededores, y en el cerro de Mecatapec sufre por la partida de Ojendiz, mientras Juan de Nava las muerde en las afueras de Quecullenango, apoderándose de una parte del convoy destinado de nuevo a Ayutla.

Del costado contrario, en el distrito de Taxco, Jesús Villalba, hijo de Faustino, derrota a la caballería enviada

La Revolución de los pintos
contra su padre y toma Apetleaco y amaga a Teloloapan. Gracias a la acción, a fines de mes Faustino intima la rendición de la rica capital distrital y agrega a un batallón en el cual la autoridad ha confiado el refuerzo del lugar.

En paralelo, en la Costa Grande que sube hacia la Montaña, González ataca Tlacotepec, y “engruesa su guerrilla con los soldados de la guarnición” y Tetela del Río y otras poblaciones de la zona lo siguen.

Se trata de grupos con una movilidad impensable para los regulares, que utilizan pasos muchas ocasiones sin siquiera registro en los mapas militares. Eso vuelve casi inútil el constante fluir de nuevos efectivos del régimen, y produce en los sublevados y en los habitantes de cada vez más localidades, la sensación de un estado imbatible por el supremo poder, no importa las victorias que éste también se anota.

La crueldad gubernamental crece, irritada por el progresivo hervidero en su contra la Presidencia ordena se emita un comunicado: “todo pueblo que se manifieste (...) debe ser incendiado, y todo cabecilla o individuo que se coja con las armas en la mano, debe ser fusilado”.

Entretanto en Michoacán la rebelión va cobrando forma al cobijo de Guerrero. En las cercanías de éste en enero toma las armas Gordiano Guzmán, quien se había sumado a la guerra de independencia muy temprano y secundó las iniciativas de Gómez Farías. Lo hace con un asalto al Potrero, cerca de Coahuayano, por el distrito de Huetamo. De inmediato se ordena su persecución por estar “de acuerdo con los anarquistas del Sur”. Las dificultades que el hombre encara pueden medirse por la defección en marzo de las tres compañías que reunió.

Lo detienen y fusilan y la dictadura cree liquidado el problema en la entidad. Precisamente entonces, sin embargo, no muy lejos de allí aparece Antonio Díaz Salgado, que en combinación con las guerrillas de Berdeja y Tavares aprovechan también el río Balsas. En un par de semanas por un rumbo muy distinto, en Coeneo, sobre la Meseta Purépecha en el norte michoacano, lo secundan un par de entusiastas que jugarán un papel destacado: Epitacio Huerta y Manuel Pueblita.

Santa Anna confía en principio en las solas fuerzas estatales, y desespera con ellas cuando no rinden frutos. Díaz Salgado ataca Huetamo y toma Iztapan de la Sal con el apoyo de los guerrilleros. Fusila en la pequeña ciudad a dos capitanes y, en concordancia con el comportamiento de los sureños, licencia a cuarenta y cuatro rasos. En ese punto inicia una campaña que adherirá al Plan de Ayutla a todos los pueblos colindantes con Guerrero.

Por su parte, Rangel, Huerta y Pueblita se atreven a incursionar por el corazón del estado, tienen un choque de consideración en los alrededores de Uruapan y “se cubren de gloria” en el llano del Cuatro y la entrada a la población de Aguililla. Hay pues algo más que brotes intrascendentes, y el gobierno ordena el traslado de columnas veteranas. Ya no tiene respiro de allí a las fronteras de Oaxaca, todo a lo largo, pasando por esa cuña en el altiplano que representan los Villalba.

Y le basta con ello, aunque el resto de la República esté en calma, a excepción de Ciudad Victoria, Tamaulipas, sobre la cual cae en julio Juan José de la Garza, pronto vinculado a los exilados en Estados Unidos.

No puedo detenerme a registrar las numerosas acciones que siguen en Coyuca, varios puntos de la Costa Chica, Tlapa, Ajuchitlán y otras partes de la Montaña, Tierra Colorada, la Brea y demás, en Guerrero. Tampoco para referirme a las acciones en Morelia y diversos lugares de Michoacán, antes de que en marzo de 1855 Comonfort se haga cargo de la campaña en éste y más allá.

El gran poder

En su última gubernatura, que le obligan a dejar para tenerlo bajo caución y luego orillararlo al exilio, Ocampo estuvo concentrado en la batalla contra el nuevo obispo de Michoacán. Se trata del mismo hombre a quien Alamán pone al frente del Consejo de Estado durante la dictadura: Clemente de Jesús Munguía.

Desde el fin de la invasión por parte de los Estados Unidos, la Iglesia trabajó para el establecimiento de un régimen ultracentralizado, que finalmente resultó en la actual dictadura. El presente y el futuro sobrestiman en cierta medida su poder económico, pues ven allí capitales sin fin.

Y en verdad los tiene pero en condiciones ruinosas, al menos en cuanto a las propiedades que no se emplean para el culto o la preservación de las órdenes monásticas.

Incluso así, contra los aproximados seis millones de pesos que en promedio entran anualmente a las arcas del Estado, ella dispone de entre dieciocho y veinte.

En cuanto a sus bienes inmuebles, la Ciudad de México sirve de ejemplo para estimarlos: el cincuenta por ciento del total. Las parroquias, conventos, fincas urbanas y rurales, etcétera, a su nombre, tienen una enorme ventaja frente al resto: no pagan impuestos, y por ellos se conocen como “de manos muertas”.

Por lo demás, se dedica también al agio, en su caso con los particulares, de manera muy ventajosa: mientras los prestamistas cobran intereses de cuatro o cinco por ciento al año, ella exige el uno mensual. Cuando Santa Anna toma el poder, hay en la República un arzobispado, diez obispados, 1,229 templos, 3,223 eclesiásticos, y doscientos cinco edificios del clero regular, como llaman a las órdenes religiosas.

Es verdad que Munguía renunció a la Presidencia del Consejo en desacuerdo con el rumbo que tomaba Santa Anna a la muerte de Alamán, a pesar del aliento a la construcción de nuevas iglesias. Lo hizo, por encima de todo, en razón al papel ornamental que jugaba en ese órgano.

En sus memorias, la Alteza se quejará amargamente por no recibir el auxilio de la sagrada institución en los momentos decisivos, aun cuando él se había destacado como su defensor.

El año dos de la revolución

Los caudillos michoacanos piden a Álvarez los ayude enviándoles un comandante capaz de aglutinar a las muchas fuerzas que actúan sin coordinación. Al parecer les preocupa también el descrédito del movimiento en tales y cuales zonas, por los excesos que se cometen tras algunas batallas o luego de brutales represiones de parte del gobierno. La falta de un control similar al de Guerrero, deja además expuesta a la población al bandidaje de grupos que aprovechan para presentarse como rebeldes.

El único conflicto de los michoacanos con Comonfort, a quien reciben entusiastamente cuando Álvarez lo designa para encargarse de su dirección.

Con don Ignacio marcha Félix María Zuloaga, el militar a quien Santa Anna ordenó castigar al Sur, responsable de la muerte de Villalba y luego preso. Después de meses el personaje solicita incorporarse a las filas revolucionarias y Comonfort le ofrece la más calurosa bienvenida. Sin otra explicación que los celos, dice el libro, Degollado y sus compañeros exigen su retiro, que se cumple.

¿Cuál es el motivo del cambio de actitud de Zuloaga? ¿Le dicta el sentido común la idea de no arriesgarse más por el dictador, aprovechando la oportunidad de seguir en acción, con sus convicciones conservadoras? Unos años después será él quien inicie la contrarreforma.

Lo mucho impuro entre la pureza

Se pasa de ingenua y peligrosa mi caracterización sobre la moralidad que aflora con la revuelta. Es cierta en cuanto a los líderes del liberalismo en el momento y también respecto a los civiles que en el proceso saltan a la política o se confirman en ella, como Pueblita y Santos Degollado.

De la mayoría de los jefes de partidas insurrectas no sé qué decir. Parecen versiones de Juan Álvarez o de Santiago Vidaurri en pequeño. Si al ex gobernador guerrerense en verdad hay mucho que reconocerle en tanto líder del movimiento, quienes lo estudian sin enconos ideológicos encuentran en él una carrera de comportamientos poco éticos o francamente deshonestos.

De Vidaurri, la pobre información de la cual dispongo hace el dibujo de un hombre ambicioso. No dice gran cosa si antes de sublevarse tuvo desafortunadas negociaciones con Santa Anna, pues bien pudieron incluir peticiones a favor de la seguridad de la población neoleonesa, en la guerra contra las naciones nómadas que se acostumbraron a vivir del saqueo.

No hay modo de ocultar, sin embargo, el propósito ya ahora advertido de volverse cacique de una vasta zona, que incluye a Coahuila, a la cual anexará con el triunfo de la Revolución, primero cuando se autoproclame y luego al ser confirmado gobernador de su estado.

Ofrecí no callarme nada y creo que si la historia oficial no encuentra sino virtudes en este par de hombres, se debe a una sencilla razón: son los predecesores de los caudillos locales y nacionales del porfiriato y la posrevolución. ¿No les parece sugerente que se cuestione la existencia del Pípila o los Niños Héroes, pongamos por caso, y no haya intento alguno de desmitificar a nuestro par de personajes o, peor todavía, de quitar a Ayutla el apellido del siniestro Villarreal?

¿Cuántos comandantes de guerrillas deben su ascendiente social a la violencia que ejercen y al lugar que ocupan como intermediarios con el poder? La mayoría pertenecen a las guardias nacionales de sus estados, a las que acaba de darse un duro golpe enviándolas a las reservas del ejército. La ofensa no se debe tanto a los sueldos con los cuales contaban, sino sobre todo, creo, por la autoridad y las prebendas que así pierden.

La violencia y la inseguridad filtran la vida cotidiana del país, lo mismo por el bandidaje que hace su agosto en los caminos y los vericuetos de las poblaciones, que por la rapiña contra las propiedades, empezando con las tierras comunales indígenas. Quien como ellos tiene acceso a las armas y en algún nivel está acostumbrado a la organización y el combate, es a un tiempo temido y respetado. Lo son también gracias a la influencia en los ayuntamientos, los juzgados, etcétera. ¿No resultarán, de paso, algunos de los primeros beneficiarios a escala regional, de la futura expropiación de las propiedades de la Iglesia y las comunidades? ¿Se piensa de ellos algo semejante a lo que luego se dirá del PRI: roba pero deja robar?

La sátira y el eslabón más débil

Leopoldo Zamora Plowes, un intelectual del siglo XX, dedicó su mejor obra *Quince uñas y Casanova, aventureros* a la santanera Alteza Serenísima. Presenta allí a un hombre y a un entorno dignos de las más crueles burlas. Quien lo lee sin conocimiento de la historia podía creer que el autor hace uso fácil de la comedia, no importa lo estupendamente documentado que está.

En las páginas anteriores tuvimos ocasión de asomarnos a momentos de sublime estupidez y cursilería de la dictadura. Desde luego el responsable no es sólo Santa Anna que, según me parece, desde los inicios de su carrera sirve más bien de patíño de las circunstancias, aunque en verdad les da un toque personalísimo.

Sin importar las intenciones, cuanto hace el régimen resulta en una broma de pésimo gusto, por el deterioro general. Tomemos como ejemplo los decretos sobre educación. En principio forman parte del proyecto modernizador de Alamán, que en tal y cual aspecto pareciera sensato. No paran las iniciativas para mejorar el terrible panorama educativo.

En uno resulta en la merma de la mitad del presupuesto, y en otro en un certamen nacional premiado con medallas durante una “bella”, fastuosa ceremonia. Los

Jorge Belarmino Fernández
alumnos deben mostrar conocimientos en la doctrina cristiana, y llenan luego planas que repiten una frase, para coserla “a modo de cuadernillo (...) con hilos de colores”.

A Ocampo y muchos más los pelos deben parárseles de punta, en el contraste con lo visto o escuchado de los gigantescos avances que en la materia vienen introduciéndose en la Europa centro occidental y los Estados Unidos. Allí la educación se declaró ya pública y universal, y cuando por diversas razones está relacionada con la Iglesia dominante, aprovecha y divulga la sin par revolución científica y tecnológica en marcha décadas atrás.

La dictadura de comedia resulta, en consecuencia, también una tragedia. E, insisto, la responsabilidad no debe atribuirse en exclusiva a Santa Anna, con quien luego se seguirá el fácil expediente de culparlo de todo. El gran caso es la venta de La Mesilla, que en el siglo XXI todavía atribuimos a la avaricia de Quinceañás.

En diciembre de 1853 Santa Anna acepta vender el territorio de La Mesilla a los Estados Unidos, una planicie entre Chihuahua y Sonora, estratégica para el desarrollo del ferrocarril de más de 70 mil metros cuadrados y que había sido invadida por el gobierno de Nuevo México.

Santa Anna tras recibir al embajador de Washington, quien ofrece una indemnización por mantenerla legalmente, lo manda a volar y en respuesta lo amenazan con repetir la invasión tras la cual perdimos los dos millones de kilómetros cuadrados.

Los conservadores están a su lado para calmarlo: para qué la alharaca por “la posesión inútil de un terreno” sin mayores riquezas. Aceptemos, dicen, a cambio de una suma en condiciones de sacarnos del brete financiero.

De lo que no puede eximirse a la Alteza, es de la manera en que despilfarra los dineros así obtenidos. Todo es un infame botadero de recursos corriendo a los bolsillos de los prestamistas y los proveedores sin escrúpulo alguno. En meses no queda un peso de La Mesilla, y viene entonces el aluvión de impuestos y aranceles que hará famosa a la etapa.

Nada escapa al aumento o el establecimiento de cargas fiscales. El colmo llega, claro, cuando lo mismo en las zonas urbanas que rurales debe pagarse por cada puerta y ventana al exterior. No faltan, obviamente, quienes se apuran a tapiarlas. Para la ciudadanía es imposible caer más bajo.

No por ello, sin embargo, ni por las revueltas en curso está el régimen militarmente condenado a la derrota. Hasta en el peor momento dispondrá de mucho mayor número de efectivos y, desde luego, de material de guerra, que la oposición. Si el final se aproxima debe responsabilizarse a quien viene demostrando ser el eslabón más débil: Quinceañás.

La revolución de los buenos y de los quién sabe

En la segunda mitad de mayo de 1855 se produce un golpe con efectos contundentes en términos anímicos y estratégicos. El 17 Santiago Vidaurri convoca a las Milicias Estatales de Nuevo León a levantarse. Aprovechemos a este hombre para recordar que nuestro libro toca al paso, sólo al paso, algunos actores, eventos, circunstancias, sectores, en diverso grado complejos, cuyo retrato es difícil.

Liberal curtido en las luchas contra las naciones nómadas, Vidaurri con la decisión que ahora toma vuelve al norte un nuevo dolor de cabeza para la dictadura.

Apenas se decide entra en relación con los exilados, a quienes llega la hora de intervenir en la lucha armada con algo más que ideas. Su acercamiento es a Ocampo y los residentes en Brownsville, que el 22 forman una Junta Revolucionaria de cinco miembros, a fin de proporcionarle ayuda de dos maneras. Una es a través de recursos y contactos, y la otra, con un manifiesto que sirve al propio don Melchor y a sus compañeros como punta de lanza. En el bautizado Plan Restaurador de la Libertad, no hay mención a los insurreccionados en el Sur, quizás sobre todo para afirmar que ahora se trata de un descontento cada vez más generalizado.

Se trata de un documento en cuya prudencia va el gran mensaje: “se abstienen de formular, desde luego, un

La Revolución de los pintos programa político *que depende más bien de la observación y de la experiencia de los sucesos revolucionarios y que se engendrarán sin duda en ellos mismos*". De ese modo y sin decirlo abiertamente, señalan hacia los cambios a los cuales evitó referirse el Plan de Ayutla.

No puedo interpretar si en el momento pasa desapercibido para la Junta el puntilloso respeto al articulado de aquél, que dos meses después probará su importancia, o si sólo lo dan por supuesto. Las diferencias con Álvarez y Comonfort no existen, y en sus columnas sigue descansando, sin duda y sobre todo, la posibilidad del triunfo.

Por ello a la primera oportunidad los de Brownsville, a los que de inmediato se suman los de Nueva Orleáns, hacen buena un mes después la decisión de trasladar a Acaapulco al menos a uno de sus integrantes.

Entretanto obtienen dos préstamos y dan permiso a Juan José de la Garza para que, a más de animar un brote rebelde en Tamaulipas, estado al cual acaba de gobernar, se dirija a Monterrey en apoyo a los planes de Vidaurri. Con el mismo objetivo, en días queda aprobada también la contratación de los servicios de Juan Julio Merner, quien "ha servido varios años como oficial de infantería y de ingeniero en Suecia y en Dinamarca y que últimamente estuvo al servicio del Gobierno de México".

Por su parte, Comonfort y los grupos bajo su mando hacen enormes avances en el centro occidente del país, y Su Alteza cada vez deja menos dudas de que no está a la altura de las circunstancias. El 15 de mayo, es verdad, retoma Zamora, pero en buena medida porque los insurgentes la abandonan evitando la batalla *a población abierta* contra

Jorge Belarmino Fernández
fuerzas superiores, para en las cercanías tomar posiciones más a modo.

Allí tiene a la mano el cuartel general de don Ignacio, en Ario, y a él, antes acostumbrado a arrastrar a sus tropas en las más inmisericordes condiciones, una tempestad lo resuelve a volver a casa. Y si de nuevo rehúsa las grandilocuentes recepciones, del viejo caballo de la mentira no hay quien lo baje: vengo vencedor de Michoacán, dice.

A las espaldas la revolución allí, en Guanajuato, Jalisco y el Estado de México, incluyendo las puertas de Toluca, con no más de unos tres mil decididos, hace milagros.

Representan un espíritu en el más pleno sentido revolucionario, sin faltar la ira que a ratos se desborda por las ofensas recibidas a lo largo de décadas o siglos. En ella está ya el claro anuncio de la guerra civil en la cual se precipitará el país años más tarde con las leyes de reforma.

Rinde frutos el encargo a Comonfort de coordinar a los rebeldes de la zona. Lo hace al introducir una visión estratégica de la lucha, en la que pueden desarrollarse ampliamente las capacidades de los rebeldes y de sus líderes.

No tienen una conformación al estilo del ejército, y la gran mayoría anda a caballo. Organizados por secciones, una se interna en Guanajuato, el 13 de mayo amenaza su capital y obligando al comandante de ésta a salir, le inflinge una derrota en regla.

A una segunda, de mil cuatrocientos combatientes, la dirige Santos Degollado, un liberal puro muy consecuente y toma camino al centro del Estado de México, considerando la posibilidad de una o más maniobras en torno a la mismísima capital de la República. Si no intentan apropiar-

La Revolución de los pintos se de Toluca, es porque no los favorece el desarrollo de las otras acciones.

De modo que don Santos y los suyos remontan la sierra a fin de cumplir un segundo objetivo original: llevar la guerra a las regiones poblanas. El 28 asaltan Tizayuca y parte de los más curtidos de las tropas santanistas los obligan a desbandarse. Pero como no estamos ante hombres que dependen de la estructura piramidal de las fuerzas armadas institucionales, en grupos se reorganizan para la vuelta a la zonas de Michoacán en las cuales están a sus anchas.

Quinceañías continúa la farsa, e insistiendo que tuvo significativos éxitos, a la manera de futuros políticos priistas, extiende *la mano amiga* a la oposición, ofreciéndole amnistía. En respuesta los rebeldes de todos los frentes aumentan su actividad. Los de Álvarez afirman su presencia en el altiplano guerrerense y más allá y golpean a las guarniciones de Zumpnago, Taxco y Xochilapa. Los de Vidaurri con apoyo de la Junta penetran en Coahuila hasta rendir Saltillo y obran en combinación con la cada vez más extensa revuelta en Tamaulipas. Comonfort parece en condiciones de tomar Pátzcuaro y a la vista de la ciudad se detiene, temiendo los excesos de sus guerrilleros, quienes para explotar esperan la siguiente acción: Zapotitlán. La batalla en el lugar, el 22 del propio mayo, es quizás la más enconada e ilustrativa. Degollado, Pueblita y Ghilardi acompañan a don Ignacio enfrenando una terca resistencia de los soldados nacionales. La doblan al costo de cien cadáveres que, a pesar de los llamados de su jefe a la mesura, los rebeldes están dispuestos a cobrarse tras el rendimiento de la guarnición.

En estos grupos rebeldes el espíritu del movimiento va desarrollándose y encuentra, si no nuevos contenidos, sí descontentos legítimos, que se arraigaron en tales y cuales sectores, a veces desde hace mucho. No sucede así con algunos de los levantamientos que aparecen de súbito y son de variado color: en Zongolica, Orizaba y Córdoba, todos dentro del estado de Veracruz; en la Sierra Gorda de Querétaro con ampliaciones a San Luis Potosí; en Tehuantepec, Oaxaca, y en Autlán, Jalisco.

Las circunstancias favorecen los apetitos personales y, en el caso más destacado, mueven a Manuel Doblado a lanzar en Guanajuato su propio Plan, el de Piedra Gorda. En él hace a un lado el documento de Ayutla, con la confianza de un nuevo arreglo sobre la jefatura de la Revolución, que le permita aspirar a la Presidencia o al menos a los primeros planos del próximo gobierno. El hombre, luego activo en la guerra de Reforma y la lucha contra el Imperio, tendrá que negociar, conformándose con la gubernatura de su estado. Sus pretensiones serían legítimas si representara algo más que un simple un foco armado con sustentos caciquiles en esa entidad federativa, y de no poner en riesgo a la totalidad del movimiento.

De un final que es principio

¿Cómo justificará el partido conservador ante la historia le inutilidad del proyecto que diseñó hace año y medio? ¿Por la sola muerte de Lucas Alamán? El Consejo de Estado creado a instancias suyas sirve de no mucho más que de dispendiosa decoración. Cuando de tarde en tarde un miembro rechista, Santa Anna lo hace renunciar.

El 25 de junio el dictador apela al Consejo para legitimarse, y le pasan la factura, al pedirle opinión sobre tres temas:

1º ¿Ha llegado el tiempo oportuno de expedir un estatuto o ley constitutiva de la República?

2º ¿Cuál es la autoridad, corporación o asamblea que deba expedir dicho estatuto?

3º ¿Qué forma de gobierno debe adoptarse?"

La farsa intenta servir de expresión a la Iglesia y al poder económico, los consejeros apuestan a convertirse en una suerte de árbitros del cambio.

A la primera pregunta contestan Sí, en la segunda proponen que sea el propio dictador quien asuma la obra, y en la última se pronuncian por una república representativa.

Quinceñas enfurece, pues seguro de tener respuestas a modo, completó la puesta en escena con el permiso a la prensa para publicar los resultados. Sus ministros acu-

Jorge Belarmino Fernández
san a los consejeros de coludirse con la revolución y no hacen sino darle una enorme propaganda a ésta.

¿La gota que derrama el pequeño, ruin vaso, son las conspiraciones en progreso en la capital de la República, a cuyos contrastantes actores veremos luego en acción? En cualquier caso, nuestro Napoleón prepara la huida.

Afirmé que el eslabón más débil del Frankenstein creado a lo largo de año y medio está en el mismo Santa Anna. Y atino y no, por dos razones. Una, considerando que los mandos al servicio de él, representación del conjunto de la casta militar dominante desde la independencia, en su oficio son de una torpeza todavía mayor que la del veracruzano, y por supuesto mucho más lerdos en política. Dicho de otra manera sigue mandando el ejército.

La otra razón es que la Alteza Serenísima se hizo tal por el llamado de los mismos generales, de la Iglesia, los grandes propietarios, comerciantes y banqueros, y del partido conservador.

A ellos debe cargarse en realidad, una vez más, el quebranto. Los hilos del país se hallan en sus manos desde 1821 o poco después. ¿Dónde están en el momento clave, que para los señores de la guerra señala el fin, y tras el cual la institución eclesiástica perderá su patrimonio y su histórico puesto?

Con los terratenientes y los hombres del dinero tenemos que hacer un apartado especial. De una soberbia ineptitud sino para medrar, incumplen el papel que en Europa y los Estados Unidos sus “pares” representan a la perfección, construyendo una sociedad a su medida.

Los “maestros” de las finanzas se benefician siempre del caos y no dejarán de engrosar. Algunos de ellos,

La Revolución de los pintos Jecker, por ejemplo, terminarán pagando con el infortunio, pero los demás se unirán a los hacendados y acaparadores de predios urbanos en la formación de una burguesía mexicana cuyos únicos verdaderos gérmenes son aislados. Lo harán bajo un principio válido para las generaciones venideras, hasta 2013: crecer gracias al Estado que por sistema trabajará en beneficio suyo y los protegerá, poniendo a su disposición las arcas y activos fijos públicos cuando las circunstancias “obliguen”.

Suele afirmarse injustificadamente que nada abonará tanto a favor de ese proceso, como la Reforma a la cual despeja el camino la Revolución de Ayutla. No se encuentran, sin embargo, vínculos entre los insurgentes y esa pandilla de vividores, fuera de los esporádicos que representan Vidaurri y otras figuras de última hora, o los préstamos sin compromiso recibidos por la Junta en el exilio.

Al menos por ahora si de algo son responsables los grandes protagonistas de la revuelta es de caminar hacia la creación de las bases de un real Estado. A diferencia de los *constitucionalistas* que se levanten con la victoria en el movimiento de 1910, Comonfort, Álvarez, Santos Degollado, Pueblita, Doblado y Ocampo y los demás expatriados a punto de volver al país, no usufructuarán los efectos de su triunfo. Ni lo intentarán siquiera, a pesar de las inmejorables condiciones de algunos para hacerlo, como en el caso del propio ex gobernador de Michoacán.

El pueblo de la Ciudad de México es un emocionante, cauteloso avispero, preparado a estallar y lo hará con un tono como cuando produjeron la resistencia a la intervención estadounidense.

De nuevo viene a cuento recordar que en cada momento al cual asistimos hay una rica secuencia de hechos dignos por sí mismos de un capítulo o de un libro entero. En el de ahora participan gran número de encontrados sujetos históricos y es particularmente significativo.

A los rumores sobre la inminente marcha del dictador, él y su pandilla responden en el más puro, personal estilo: negándolo a desaforados gritos y amenazas. De rumor “absurdo, infame y malicioso” lo califican, cuando el día 9 la Serenísima, rechoncho, desgarrado, de cabello marchito y labio inferior incapaz de sostenerse en su sitio, que lo vuelven una patética sombra de sí mismo, toma el camino de Veracruz entre columnas de soldados previamente apostadas a lo largo.

Una estúpida circular afirma aún que “atenderá personalmente el restablecimiento del orden que ha sido alterado en algunos puntos de aquella demarcación”.

El tipo deja un sobre lacrado con el nombre de su sucesor o sucesores. El documento lleva un año allí, de seguro experimentado cambios, y para sus cercanos está rodeado de un cierto halo mitológico. Al abrirlo encuentran que se designa un triunvirato y no saben qué hacer.

“Los ministros (...) se escondieron, quedóse desierto el palacio”, y el 13 llega el momento del “populacho”, que allana las casas de los más afectos al régimen, no dejando mueble vivo a punta de golpes o de fuego. Unos corren al panteón de San Fernando por los restos de la pierna que fue enterrada con honores militares, y la pasean en júbilo por las calles. Una asamblea a cielo abierto culmina el día adhiriéndose al Plan de Ayutla, dirigida por los tribunos de

La Revolución de los pintos
la plebe e Ignacio Ramírez, quien acaba de abandonar la prisión que está a punto de volvérselo hogar, de lo mucho que la frecuenta.

Para entonces el gabinete abrió el sobre con el pliego en que Santa Anna escribió los nombres de un triunvirato para reemplazarlo. Antes de saber si los designados aceptan y así se presumen continuadores del régimen, con las considerables fuerzas de las cuales dispone, el comandante de la guarnición capitalina se pronuncia también a favor del Plan de Ayutla.

La situación, insistamos, es extremadamente delicada y está a punto de explotar cuando el militar en mientes hace la convocatoria al congreso contemplado en el documento de los sureños. Para ellos selecciona a los representantes estatales, y la historia recoge el nombre del general Martín Carrera, pues se lo elige presidente interino.

Surgido del ejército realista, este hombre siguió los pasos de Iturbide y, de las confianzas de Alamán, ha sido el gobernador de la ciudad desde el inicio del gobierno santanista. Entre la presión de los cuerpos armados, se mesura, no trata de imponer su ley y en menos de tres semanas entrega el cargo.

El respeto que la literatura liberal tendrá por Carrera hay que atribuirlo, creo, a esta inesperada actitud conciliadora. La autoridad regresa al comandante de la guardia, quien aprendió la lección y reconoce a Álvarez.

Hacia un gobierno y un congreso “tiránicos”

Así, de “tiranía”, de “despótico” mandato, califican Ocampo, Ramírez y otros liberales lo que harán en los próximos meses. Con ello se refieren a las reformas que introducirán sin el consenso del país y en un tono inflexible. Si bien el propio don Melchor desesperará con frecuencia por la tibieza o el espíritu de componenda que cree advertir en torno suyo.

Dijimos que el 13 de agosto, cuando se vino abajo, la dictadura contaba con recursos militares de sobra para continuar el combate a la revuelta, y que se desmoronó desde dentro.

Las fuerzas más conservadoras del país se reactivan, es demasiado el botín perdido. A la cabeza de la reacción reaparecerá Antonio Haro y Tamariz, el ex ministro de hacienda con quien topamos al inicio de nuestro libro, representación de lo que un famoso cantautor del siglo XX llama “tiempo de híbridos”. Tiene como mérito haber sido en estos últimos años, después de su renuncia, enemigo a muerte de la dictadura.

El mismo día 13 en San Luis Potosí se proclama “jefe de movimiento político regenerador de la República”. Aspirando a la Presidencia del nuevo gobierno, desconoce el Plan de Ayutla, seguro de una alianza con Vidaurri y Manuel Doblado.

Éste lo sigue y Comonfort, que toma Colima sin un tiro y a la dimisión de Carrera, un mes después, regresa a toda velocidad a la capital, en Lagos, Jalisco, aprovecha para convencerlos. Don Ignacio, además de comprometerse al pago de los gastos de campaña de ambos, ofrece a don Manuel la gubernatura de Guanajuato, y una cartera ministerial a Haro.

Doblado se pliega no sin una terca reticencia y el ex ministro de hacienda avanza semi inconscientemente a una insurrección, tras la que terminará como uno de los connotados representantes del partido conservador. Lo hace, al menos en parte, con la sospecha de que el segundo de la Revolución, Comonfort, se presume ya presidente, persuadido de que Álvarez declinará en consideración a su edad y al malestar que experimenta en los escenarios nacionales.

De vuelta me permito preguntas incómodas. Una es si los liberales de cuya moralidad no hay duda, al empeñarse en la creación de un auténtico Estado incluyen la urgencia de acabar con los tratos a oscuras, propiciados por la falta de instituciones y leyes que regulen las relaciones políticas.

La otra pregunta se refiere al clamoroso recibimiento que los pueblos dan a Comonfort en la marcha de Jalisco a la Ciudad de México. Sin duda celebran el fin de la lucha armada y sus irremediables excesos contra las propiedades y libertades de la gente. ¿Pero cuánto ven en ella la materialización de sus esperanzas, y hasta qué punto simplemente reproducen los gestos de subordinación a la autoridad, hechos a lo largo de la dictadura bajo el influjo de los mandamases de cada lugar? Abundan noticias de este estilo: “Las

Jorge Belarmino Fernández
autoridades de Lagos y las personas más distinguidas de la
ciudad...”

La historia no es como nos la cuenta, dicen, y la bibliografía liberal no toca medianamente a fondo el tema de la selección del gabinete que hará don Juan Álvarez. Comonfort tiene dos propuestas, al parecer, para los cuatro cargos contemplados. Mariano Riva Palacio y otro compañero del partido moderado. Aunque las cualidades de ambos no se discuten, llama la atención que de entrada no contemple a Ocampo y al resto de los miembros de la Junta Revolucionaria de Brownsville.

Porque estos han acompañado la lucha, así sea de lejos, y asesoran y financian hasta donde pueden a Vidaurri y a De la Garza, quien por cierto es integrante del grupo. Se trata, en resumen, también de personalidades con influencia militar y en todo el frente norte. Más sorprende si tomamos en cuenta que la Junta da permiso a Juárez, a mediados de junio, de trasladarse a Acapulco, vía Panamá.

El futuro jefe de la Reforma se halla, pues, al lado de Álvarez antes de que la dictadura caiga. Por su parte, hacia el 15 de septiembre Ocampo y sus amigos en Texas reciben la invitación a sumárseles, y enseguida él y Mata viajan a Veracruz, donde Ignacio de la Llave, con el control de los levantamientos en el estado, les garantiza el tránsito hacia el corazón del país.

En descargo de Comonfort debe estimarse la delicada situación del país y del movimiento, que sólo él esta en condiciones de valorar en justa medida. Durante casi dos años el caudillo guerrerense no salió de su relativa pequeña zona de influencia y no conoce al resto de los actores en juego.

Ni hablar desde luego de los exilados fuera o dentro del país, como Guillermo Prieto, quien empieza a involucrarse de manera directa en los hechos, tras la reclusión bajo vigilancia que vivió en Oaxaca.

Don Ignacio descubre ahora la intimidad de la compleja trama que se urde en la Ciudad de México, donde se concentran los altos mandos militares con sus tropas y todo género de fuerzas políticas y económicas. Hay un tiempo único, ideal para los fines propuestos, y puede venirse abajo en cualquier momento.

Haro, por ejemplo, se presenta con su columna con imprecisas intenciones. En contacto con generales y coroneles con quienes compartió muchos años de adhesión a Santa Anna, ¿sostendrá el acuerdo?

¿En el mejor de los casos, qué hará Comonfort para cumplirle el compromiso adquirido, de entregarle a Haro la cartera de hacienda, según se presume, si su margen de maniobra es muy reducido? Por cuanto se sabe, le niega la entrada a la Ciudad de México, mientras va y viene a Cuernavaca, desde donde despacha el gobierno provisional. Con ello resuelve Haro ir a Puebla, en la que se agregará a las conspiraciones del clero más retardatario para insurreccionarse de vuelta.

La instalación del gobierno en la futura capital de Morelos es idea de Álvarez, que con sobrados motivos evita el berenjenal de la Ciudad de México. Llega el 2 de octubre luego de nombrar en Iguala, conforme a lo previsto en el Plan y tras accidentados cabildeos y asambleas estatales, a los delegados de los departamentos, que así sigue llamándose a las entidades federativas.

Entre ellos están Juárez, Prieto y Ocampo, quien arriba el día 4, apenas a tiempo para el inicio de la Junta de Representantes. Por aclamación Juan Álvarez es electo presidente interino, y Melchor queda en calidad de vicepresidente del órgano, encargado con una comisión de redactar la convocatoria a un Congreso Extraordinario, que entrará en funciones el 18 de febrero próximo.

El presidente designa a cuatro consejeros, por cartera: Comonfort, Guerra; el michoacano Melchor Ocampo, Relaciones y Gobernación; Benito Juárez, Justicia, y Guillermo Prieto, Hacienda.

Son los liberales de izquierda, los puros y no los moderados los que hacen la mayoría del gobierno, sorpresa.

El conflicto entre Comonfort y Ocampo estalla de inmediato, pero antes de seguirlo consideremos el excepcional periodo de cinco meses que comienza. Un periodo que, en palabras de Ocampo, es el de “dictadura” obligada “por la naturaleza de las circunstancias”.

El golpe de muerte a una casta

La primera disposición del gobierno provisional atañe al ejército: el indulto a los desertores. Los hay por montones, según previno Anaya casi ocho años antes y tomando en cuenta los que produjeron las campañas de la dictadura y la política de los rebeldes, de dar libertad a los soldados que apresaban.

Podría parecernos una medida de mero reconocimiento a la terrible injusticia de la gleba, y por tanto, de reconciliación de las instituciones con la sociedad. Si bien sobraría con ello, va más allá: indica el fin de una práctica tan antigua como la milicia mexicana, en la cual descansa en gran medida el poder de los generales.

A través suyo y de los proyectos liberales en circulación en estos días por medio de periódicos, documentos y rumores, los militares saben que se prepara la derogación de sus fueros; es decir, del privilegio de escapar a los tribunales civiles válidos para el resto de la población, exceptuando desde luego a los clérigos, quienes gozan también de excepción.

Y no se produce una sola abierta señal de inconformidad. La casta que domina a la República desde su nacimiento, está contra la pared. De seguro confía en que, como es costumbre, del dicho al hecho en la época hay siempre

Jorge Belarmino Fernández
un plazo que olvidará las promesas o les permitirá recobrar
fuerzas.

Los señores de la guerra se equivocan por entero y todo indica que en el fondo lo reconocen. Así de pobre es la estima en sí mismos que dejó el fallido combate a lo iniciado en Guerrero. No pueden, además, con el peso del agotamiento de su generación.

En realidad Santa Anna fue el último de la serie de comandantes nacionales vivos o en activo, que se burlaron del país desde el levantamiento de Iturbide. Los Bustamante, Tornel, Torrejón, Valencia, Nicolás Bravo, Miñón y compañía, nacieron en el siglo pasado y están bajo una sepultura o sorteando a duras penas la enfermedad o el retiro.

Una nueva clase de hombres armados entró a la palestra. Los de mayor importancia son en algún grado desconfiables: Doblado, Vidaurri, Haro, el propio De la Garza. Sus aspiraciones personales sobrepasan a sus ideales y únicamente respetarán estos si las condiciones los obligan.

Por debajo de ellos se encuentra el germen de la magnífica colección de oficiales en la cual descansará la posterior Guerra de Reforma y la resistencia a los franceses y al reinado de Maximiliano. Se trata, ya vimos, de personajes cuya formación en el conjunto de los casos no tiene nada que ver con las armas, y que cuando provienen del ejército recibieron las primeras lecciones en la dura escuela de la intervención estadounidense, casi por regla en tanto voluntarios.

Santos Degollado, uno de los primeros discípulos de Ocampo, tiene mucho interés en las ciencias, y dedicado a mitad a la pedagogía y la política, acabamos de encontrarlo

La Revolución de los pintos
dirigiendo una partida, que lo prepara para ser futuro ministro de Guerra y Marina con Juárez.

A Pueblita lo hemos seguido como guerrillero y la historia lo encontrará posteriormente en decenas de batallas defendiendo esta misma causa que hoy está a punto de concretarse.

Altamirano, el gran literato del siglo, periodista y poeta, ha hecho su noviciado en la guerra integrándose a las filas de la revuelta, y en la resistencia contra el Imperio dirigirá las caballerías surianas.

Leandro Valle, uno de los cadetes del Colegio Militar durante la invasión por parte de los Estados Unidos, será teniente durante la revolución “de Ayutla”, antes de irse a París para continuar sus estudios, pieza clave en la posterior guerra de Reforma, será asesinado por los conservadores poco después de acabada, ya como general.

Mariano Escobedo, el más entusiasta en los cuerpos ciudadanos que se sumaron a la defensa de Monterrey en 1846, nace a la milicia con la insurrección de Vidaurri.

Ignacio Zaragoza, a la cabeza en la batalla que da el golpe final a la guerra de Reforma y en la defensa de Puebla ante las tropas de Napoleón III, se inaugura también en las armas durante el movimiento de 1854-55, como ¡sargento!

El salto que empieza a producirse es gigantesco, entonces, y abre las puertas a un ejército que responde a la sociedad. De algún modo habrá de hacerlo poco después durante la guerra civil y la lucha contra la intervención extranjera, en la cual los mandos y las tropas no responderán a la lógica militar tradicional. Luego, con la República Restaurada, la lección irá a la basura, conformando de regreso una casta con sustentos caciquiles.

Sin embargo hoy es fundamental, y la discusión en torno a ese avance que significa la ley sobre desertores y guardias nacionales, sirve de primer choque entre Comonfort y el liberalismo radical representado por Ocampo.

El nuevo ministro de guerra toma las disposiciones, y el de relaciones y gobernación de manera explícita lo culpa de quedarse corto. Implícitamente la acusación es mucho más grave: don Ignacio se arroga facultades que no tiene. Hace una y otra vez el viaje a la Ciudad de México, obstaculizando el de los demás miembros del gabinete, y conviene allí cosas que no ha consultado.

Imposible ocultar, ahora sí, las pretensiones del poblano de ser presidente. En la correspondencia personal a Doblado, quien conserva la actitud de reto, juega con él y a su estilo se burla de las limitaciones de Álvarez, para jactarse de tener los hilos del poder en la mano.

En la práctica el conflicto con Melchor Ocampo empezó hablando sobre el Consejo Presidencial. El poblano propuso la inclusión de dos clérigos, y el michoacano montó en cólera. ¿Darle lugar a la institución que prohijó la dictadura y que como tal, como aparato y no en su contenido ideológico y espiritual, es el principal enemigo de una república sana?

A partir de ahí, Ocampo desarrolla una batalla en toda la línea contra lo que llama *naturaleza conciliadora* de su contrario, pues en este momento ve lo que se negaba a sopesar refiriéndose a las diferencias entre moderados y puros: el tono no es secundario; entre prudencia y osadía está la gran cuestión.

Luego de un encontronazo Melchor renuncia, y Álvarez, Prieto y Juárez lo convencen de que debe permane-

La Revolución de los pintos
cer en el puesto. Pide entonces unos días de licencia y en
respuesta a los comentarios de la prensa, algunos tomados
directamente del ministro de guerra, escribe un documento
que será famoso: *Mis quince días de ministro*.

Revela allí que en Cuernavaca encontró alrededor
del presidente un clima “más de tertulia que de consejo de
Estado”. O sea, la atmósfera usual de los acuerdos entre
pandillas políticas. En la primera reunión están el general
Miñón, resto de la clase en camino a fosilizarse, y Villarreal,
repartiendo el pastel de la cartera militar.

Éste se auto excluye pues preparó ya el viaje a Cuba,
su país nativo, con los buenos réditos del cacicazgo en la
Costa Chica, y el otro se frota las manos. “Yo, que me ha-
llaba ya violento —dice Ocampo— alce la voz” y detuvo la
compadrería.

Es la autoridad de los grandes políticos liberales la
que descubre, entonces, el arribo de una nueva etapa. Pero
para ello hay que saltar un siguiente, no menor obstáculo:
las posiciones “conservadoras”. Así califica el michoacano
no a las de los compañeros de Alamán, a quienes llama “re-
trógrados”, sino a las de los tibios, que “dicen a la humani-
dad: *Anda o no, que de esto no me ocupo, no atropelles a las
personas, y no destruyas los intereses existentes*”. Comonfort
es su representación.

“Nosotros {los liberales} no estamos aún bien clasi-
ficados en México, porque para muchos no están definidos
ni los principios...”, continúa el michoacano y llega al meo-
llo: el Ejecutivo, la Presidencia y su gabinete, “debía ser todo
movimiento (...) si no quería suicidarse o perder la ocasión
de ser útil”, y “el equilibrio es una de las ideas opuestas al
movimiento”.

Para el ministro de guerra el equilibrio se muestra, para comenzar, con la idea sobre la participación de dos religiosos en el gobierno interino, “¡como garantía del clero!”, exclama don Melchor. Se trata también de lo que en la parte medular de las medidas en torno al ejército, se refiere a las guardias nacionales. Sobre el tema Ocampo da otro airado manotazo.

Y es que su ahora enemigo, en el restablecimiento de las guardias propone que la “móvil”, la activa, la en riesgo, “se compusiera de los proletarios”, y que la “sedentaria”, la cómoda, la formen “los propietarios”. Don Ignacio plantea a la vez que integrarla es un derecho y no una obligación, sin advertir, con dolo o por ignorancia, que de esa manera se posibilita de vuelta el aprovechamiento personal o corporativo de este cuerpo.

En la renuncia de la cual después desiste, don Melchor afirma que zanzan así una discusión:

“—La revolución sigue el camino de las transacciones.”

“—Ahora sí nos entendemos (...) Había creído que se trataba de una revolución radical, a la Quinet...”

“—Esas doctrinas son las que han perdido la Europa.”

Tras esta frase Ocampo “en vez de contestar que ni la Europa está perdida, ni son idénticas las doctrinas de Quinet y las de Cabet, Proudhon”, etcétera, se contenta con deslindarse de toda transacción.

Me parece que el diálogo ilustra muy bien la tibieza de Ignacio Comonfort y el difícil rol del michoacano y de la elite de los reformadores en su conjunto, de ahí en adelante.

Deduzcamos qué tan vergonzoso, malintencionado, cursi, lleno de mentira, es entonces el remate del libro todavía hoy clásico sobre la revolución de Ayutla: “Los hombres del pasado y los hombres del provenir, los hombres de la tradición y los hombres de la Reforma, los amigos del orden y los amigos de la libertad, todos están fatigados de luchas estériles, todos se horrorizan con el recuerdo de la sangre que se ha vertido; todos desean, aunque no lo digan, abrazarse como hermanos en los altares de la patria”.

Por eso invito a seguir revisando esta historia de la cual hemos hecho un avance apenas.

El partido conservador fue incapaz de aprovechar la ocasión que le ofreció la historia, y corresponsable de la peor mamarrachada en el mamarracho primer México independiente, juega su última carta con el alzamiento de Vidaurri en Puebla.

En la derrota de éste a fines de marzo de 1856, Dios le da la espalda a una de las Iglesias católicas más atrasadas y corruptas en el mundo, que empieza entonces su verdadera mala obra a fin de preservar bienes y privilegios de siglos. El fracaso le esperará de nuevo, ahora estrepitoso y sin remedio.

La inútil revuelta estalló tras la expedición por el gobierno provisional, el 22 de noviembre anterior, de la ley con la cual da virtual inicio la Reforma: la de Administración de Justicia Orgánica, conocida como Ley Juárez. Con ella terminan los fueros de religiosos y militares, y el ejército tradicional rinde su última plaza.

Entre los agiotistas hay inquietud, a pesar de que el Estado en eterna bancarrota, ahora doblemente contra la

Jorge Belarmino Fernández pared gracias a los extraordinarios despilfarros de la dictadura, parece obligado a recurrir a ellos. La hay por dos motivos: cualquier moralización de las instituciones los afecta, y la previsible guerra civil puede beneficiarlos o arrastrarlos. Una parte se marchará del país con sus capitales. Los más zorros atisban sin embargo la oportunidad que terminarán aprovechando, para en la próxima década convertirse en parte de esa burguesía nacional siempre al amparo del poder político.

Juan Álvarez y sus pintos regresan a casa, hasta que la contrarreforma los llame de vuelta a tomar las armas. En pago, el estado de Guerrero recibirá, una vez más, el olvido.

Santa Anna se ha ido, la dictadura se ha desmoronado, pero las fuerzas que la sostenían permanecen a la defensiva, pero bien vivas.

Epílogo

En febrero de 1857 se promulgará la Constitución, el 1º de diciembre Ignacio Comonfort, que fungía como presidente interino, será elegido formalmente. Pocos días más tarde el general Zuloaga dará un golpe militar en la Ciudad de México contra la constitución, Comonfort lo apoyará. Juárez ministro de la Suprema Corte asumirá constitucionalmente el poder, se inicia la guerra de los tres años o de Reforma, que culminará en enero de 1861 con la derrota de los conservadores en Calpulalpan. Pocos meses más tarde un ejército anglo- hispano- francés desembarcaría en Veracruz para exigir el pago de la supuesta deuda nacional. Los franceses llevarían la invasión hasta la guerra abierta y luego la imposición del Imperio de Maximiliano. Se abre un periodo de guerra de guerrillas contra franceses, imperiales y traidores que duraría hasta el año 67.

Durante estos diez años de lucha continua los liberales puros, a veces en alianza con los liberales blandos, son capaces de promulgar una serie de leyes que cambian a México. Eso es lo que conocemos como la Reforma.

Pero esto, es parte de otra historia.

¿Qué leer?

Al poco de terminar la Revolución de Ayutla, Anselmo de la Portilla, un hombre cercano a Comonfort escribió el libro que sería clásico sobre el tema. En él está informalmente la perspectiva de don Ignacio. Desde el título se advierte la cortedad de su mirada: *Historia de la Revolución de México contra la dictadura del General Antonio López de Santa Anna. 1853-1855*. Fue reeditado en 1987 por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM).

Para quien no tiene acceso a archivos e incluso para quien lo tiene, los libros documentales son siempre la mejor fuente. Recomendamos sobre todo tres:

De las obras completas de Melchor Ocampo hay varias versiones. Yo empleé *Obras completas de Don Melchor Ocampo*, publicado en tres volúmenes en 1986 por el Gobierno del Estado de Michoacán.

Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia, es una colección de materiales no sólo escritos por o a Juárez. En dieciséis gruesos volúmenes, no hay mejor compendio sobre la Reforma, la lucha contra el imperio de Maximiliano, la República Restaurada y sus antecedentes. Originalmente fue publicado en 1964 y reeditado en 1972 por la Presidencia de la República, durante el Primer Cen-

La Revolución de los pintos tenario del fallecimiento de este hombre, por medio de la Editorial Libros de México. Para 1953- 56 deben consultarse los tomos 1 y 2.

Melchor Ocampo. Escritos políticos, tiene un prólogo y una selección particularmente afortunados. Lo editó el INEHRM en 1987.

Por la mirada del autor, me fue muy útil *Don Melchor Ocampo*, de José C. Valadés. Lo hice en la edición de 1954 de Editorial Patria. Confío haya ediciones posteriores.

Leopoldo Zamora Plowes, *Casanova y Quinceañías aventureros*, es un inmejorable trabajo sobre el ambiente de la época, que ofrece una bibliografía muy completa.

Jecker. El hombre que quiso vender México, de Martín Reyes Vayssade, a través de un estudio de caso revisa a los hombres del dinero en la época desde la perspectiva que me parece más reveladora.

El análisis de la sociedad y el método para realizarlo, de Mariano Otero, es el gran estudio sobre el primer México independiente, hecho por un contemporáneo. Otero murió poco antes de la Revolución de Ayutla, pero creo que es muy importante. Lo encontré en el primer tomo de *Mariano Otero. Obras* (Recopilación, selección, comentarios y estudio preliminar de Jesús Reyes Heróles), publicado en 1967 por Editorial Porrúa.

Me sirvió la información y no las apreciaciones de *Santa Anna y la encrucijada del Estado. La dictadura (1853-1855)*, escrito por Carmen Vázquez Mantecón y publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1986.

Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma, de Francisco Bulnes, es un hijo de la perspectiva porfiriana. Usé la edición de 1972 de Editora Nacional.

Jorge Belarmino Fernández

No encontré una buena biografía ni de Juan Álvarez ni de Ignacio Comonfort.

Aunque esté desbordado en algunos aspectos, *El liberalismo mexicano en la época de Mora*, de Charles A. Hale, sigue siendo para mí una referencia. Siglo XXI editores, 1972.

Jorge Belarmino Fernández

Nacido en la Ciudad de México en 1947, ha sido organizador sindical, periodista, historiador, guionista de radio y televisión, y colaborador de varias revistas culturales. Es autor, entre otras obras, de **Cuestión de Sangre**, dedicada a la intervención estadounidense en nuestro país, y **Buscando a Belarmino Tomás**, su abuelo, dirigente minero y gobernador de su provincia durante la Guerra Civil Española. Forma parte del equipo de Para Leer en Libertad, e imparte charlas sobre historia en comedores comunitarios, tianguis de libros y preparatorias.

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

- 1. Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- 2. El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 3. Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
- 4. Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- 5. Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- 6. San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 7. La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- 8. Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 9. Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
- 10. La lucha contra los gringos:1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 11. Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- 12. Testimonios del 68.** Antología literaria.
- 13. De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
- 14. Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- 15. Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.

- 16. Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo**, de Fritz Glockner.
- 17. La oveja negra**, de Armando Bartra.
- 18. El principio**, de Francisco Pérez Arce.
- 19. Hijos del águila**, de Gerardo de la Torre.
- 20. Morelos. El machete de la Nación**, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
- 21. No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.
- 22. Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.
- 23. Con el puño en alto**, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
- 23. El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
- 24. Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
- 25. Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 26. Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía**. Varios autores.
- 27. Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
- 28. De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
- 29. El exilio rojo**. Antología literaria.

30. **Siembra de concreto, cosecha de ira**, de Luis Hernández Navarro.
31. **El Retorno**, de Roberto Rico Ramírez.
32. **Irapuato mi amor**, de Paco Ignacio Taibo II.
33. **López Obrador: los comienzos**, de Paco Ignacio Taibo II.
34. **Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto**, de Emilio Carballido.
35. **Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20**, de Mario Gill.
36. **¿Por qué votar por AMLO?**, de Guillermo Zamora.
37. **El desafuero: la gran ignominia**, de Héctor Díaz Polanco.
38. **Las muertes de aurora**, de Gerardo de la Torre.
39. **Si Villa viviera con López anduviera**, de Paco Ignacio Taibo II.
40. **Emiliano y Pancho**, de Pedro Salmerón.
41. **La chispa**, de Pedro Moctezuma.
42. **Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc**. Antología literaria.
43. **El bardo y el bandolero**, de Jacinto Barrera Bassols.
44. **Historia de una huelga**, de Francisco Pérez Arce.
45. **Hablar en tiempos oscuros**, de Bertold Brecht.
46. **Fraude 2012**. Antología varios autores.
47. **Inquilinos del DF**, de Paco Ignacio Taibo II.

- 48. Folleto contra la Reforma Laboral**, de Jorge Fernández Souza.
- 49. México indómito.** de Fabrizio Mejía Madrid.
- 50. 68: Gesta, fiesta y protesta**, de Humberto Musacchio.
- 51. Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes**, Varios autores.
- 52. 1968. El mayo de la revolución**, de Armando Bartra.
- 53. 3 años leyendo en libertad**, Antología literaria.
- 54. El viejo y el horno**, de Eduardo Herás León.
- 55. El mundo en los ojos de un ciego**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 56. Más libros, más libres**, de Huidobro (no descargable).
- 57. No habrá recreo**, de Luis Hernández Navarro.

Este libro se imprimió en la Ciudad de México
en el mes de mayo de 2013,
con un tiraje de 2,000 ejemplares.

Ésta es una publicación gratuita y es cortesía del
gobierno del Estado de Guerrero, a través del
Instituto Guerrerense de la Cultura y
Para Leer en Libertad AC.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.